

Enrique Arenz

La pensionista

Y otros cuentos anormales



Editorial Dunken

Enrique Arenz

LA PENSIONISTA
Y OTROS CUENTOS ANORMALES

Diseño de tapa: Enrique Arenz

Correo electrónico del autor: Enriquearenz@mail.com

Página web: www.enriquearenz.com.ar/

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2000 Enrique Arenz

© 2011 Enrique Arenz **Edición en PDF para E.book**

ISBN 987-518-514-0

EDITORIAL DUNKEN

Ayacucho 357 Ciudad Autónoma de Buenos Aires

BUENOS AIRES

2000

LA PENSIONISTA

Siempre sentí repulsión por las arañas. Pero aquella que descubrí en un ángulo del techo de mi oficina me pareció tan inofensiva y solitaria que de entrada se ganó mi simpatía. Era una *segador*, de ésas que tienen el cuerpo como una bolita y sus patas finas y larguísimas.

—Hola, Aurora— la saludé inventándole un nombre.

A las de esa especie nunca les tuve aprehensión. De chicos nos divertíamos arrancándoles las patas hasta que quedaba la bolita sola. Luego la arrojábamos a un hormiguero para que una furiosa marea colorada hirviera sobre la inmóvil invasora.

Mi oficina era de apenas tres por tres y tenía una única ventanita que daba a un sombrío pozo de aire luz, por lo cual yo la mantenía con los postigos permanentemente cerrados. Aurora se había instalado a oscuras, como una pensionista noctívaga. Había hecho una pequeña telaraña en un rincón del techo y esperaba inmóvil —e inútilmente, pensé yo, ya que allí no entran moscas ni otros insectos voladores— que cayera alguna presa.

—Elegiste un mal lugar, Aurora— le dije, tal como siempre le hablo a todos los animales— me parece que aquí te vas a morir de hambre.

Me puse a trabajar. A las dos horas apagué las luces y me fui. Al día siguiente, al entrar la vuelvo a ver: estaba en el mismo lugar.

—Buenos días, Aurora, ¿todavía estás ahí?

Aurora no se movió ni dio señal de prestarme atención. Me reí de mí mismo. Está bien hablarles a los perros y a los gatos, incluso a los pájaros. Pero a las arañas...

Ese día trabajé hasta tarde. Preparé unos apuntes para mis clases de literatura y corregí unas pruebas escritas de mis alumnos. Era viernes, así que no volvería a la oficina por lo menos hasta el martes. Al terminar me despedí de Aurora y le dije: “Supongo que el martes no estarás en el mismo rincón, te vas a aburrir si seguís ahí durante tantos días sin atrapar un miserable mosquito”.

El martes yo ya me había olvidado por completo de mi pensionista. Entré en la oficina y me senté frente a la computadora sin mirar hacia el techo. Había comenzado a trabajar cuando percibí no diré que un sonido, pero sí una extraña vibración casi inaudible, agudísima, que provenía del cielorraso. Alcé la vista y allí estaba Aurora, en el mismo sitio pero en una posición distinta. No creí en ese momento que el extraño sonido lo hubiese producido ella, pero me pareció que estaba mirándome, como si quisiera saludarme. “¡Aurora, me había olvidado de vos! ¿Todavía estás ahí? ¿Pudiste cazar algo? No lo creo”. Ella seguía atenta a mis palabras y cuando me puse a escribir percibí que sus ojitos me observaban fijamente. Ese día tuve ganas de conversar con Aurora y mientras escribía le fui contando la trama del cuento de Cortázar que analizaba. Cuando no me gustaba una frase, se la leía, y Aurora, atenta, parecía coincidir conmigo

en que la idea se podía expresar de una manera más ajustada y concisa.

Al cabo de un par de horas de trabajo y amable conversación, recordé que la pobre Aurora estaba sin probar bocado desde hacía seis días. Se debilitaría y no tardaría en morir por inanición. ¿Qué hacer? Se me ocurrió una idea y se la comuniqué en el acto:

—Mirá, Aurora, ahí no vas a cazar ni medio. ¿Por qué no vas a esa biblioteca?— le señalé una estantería repleta de libros de la antigua colección *Austral*, y le expliqué—: Entre las páginas de los libros viejos pululan millones de pequeños ácaros que devoran el papel, pulgas y otros insectos muy pequeños que podrías comer hasta hartarte. ¿Qué te parece la idea? Bueno, pensalo; hasta mañana.

Al día siguiente mi pensionista ya no estaba en su rincón. No la volví a ver ni pensé en ella hasta que un día, buscando un libro de Valle Inclán para extraer un ejemplo de humor ácido, me la encuentro a Aurora muy patuda y contenta caminando sobre los libros del quinto estante. Se detuvo y me miró con aire de agradecida. Mi consejo le había resultado útil: se la veía más robusta, con sus patitas más sólidas y firmes, y hasta el color amarronado de su cuerpo bolita lucía más brillante y terso. Se notaba que estaba comiendo bien.

Ese día, Aurora permaneció inmóvil viéndome trabajar desde el cómodo y elevado lomo del *Tríptico* de Ortega y Gasset. Le hablé, como otras veces, y ella me escuchó con evidente interés. Me sentía cómodo intercambiando ideas con aquella criatura. Yo, que tenía tantas dificultades para dialogar con otras personas, podía hacerlo con un simple artrópodo de esa manera tan natural y placentera.

Me acostumbré tanto a su compañía que apenas yo llegaba por las tardes, y aún sin saber por dónde andaba ella, la saludaba y enseguida me ponía a conversar. A veces pasaban días sin que se me apareciera. Yo aprovechaba esas ausencias para concentrarme en el trabajo, porque tanta charla me distraía más de lo aconsejable. Últimamente nos apartábamos de la literatura y hablábamos de temas personales. Entonces yo me olvidaba de preparar mis clases.

Pero ella siempre estaba entre los libros, y cada tanto me la encontraba en *El jugador* de Dostoievski, en algún Pío Baraja o recorriendo los bordes de la solapa de *La máquina de asesinar* de Gastón Leroux. Durante cierto tiempo me alegraron sus espaciadas apariciones. No bien me veía se acomodaba sobre algún lomo y ya no se movía en clara e inequívoca señal de atención para que yo le hablara.

Pero todo empezó a cambiar cuando noté que ella aumentaba de tamaño semana a semana. Al principio me dije que ese fenómeno era lógico porque se estaba alimentando con toda la variada fauna libresca que albergaban los ochocientos volúmenes de la vetusta colección. Hasta que comencé a inquietarme seriamente. ¡Había triplicado su volumen en poco más de un mes! Pero lo que más me impresionaba era que producía con mayor frecuencia ese sonido parecido a un zumbido que le había oído un par de veces antes. Yo había atribuido ese singular ruido a alguna cañería de agua o a descargas de corriente estática. Pero un día estaba yo trepado en una silla buscando *La Política* de Aristóteles cuando Aurora, sorpresivamente, me lanza su chillido a pocos centímetros de mi oído. Del susto casi me caigo. Ahí estaba la desgraciada, más grande y fuerte que nunca, incitándome a charlar, porque eso era lo que quería.

—Aurora —la reprendí—, eso no se hace, no está bien asustarme. Además... has crecido tanto, que, no sé..., no quiero ofenderte pero...

Se quedó mirándome con tristeza. Se notaba que no había querido asustarme. Más bien fue como un cariñoso saludo, una exclamación de alegría, como si me dijera: ¡Hola, amigo, qué gusto de verte, hablemos, hablemos! Pobre Aurora, como yo había aludido a su tamaño quiso ahorrarme una visión desagradable y se deslizó hacia la parte trasera de la hilera de libros. Desde allí asomó tan solo una parte de su cabeza con sus pinzas y apenas la punta de sus dos patas delanteras, como para que pudiéramos hablar sin que yo la viera en toda su repulsiva corpulencia.

Esa tarde me dispuse a contarle a Aurora todas las amarguras que tenía en mi corazón. Le hablé de mis fracasos, de mis inseguridades y de mis miedos profundos. Hasta tuve el valor de confiarle el más oscuro y recóndito de mis secretos. Me sentí tan aliviado que pude regresar a casa sin mi habitual dolor de cabeza. Me tomé un par de *whiskys* y me atreví a telefonear a una vieja amiga, ex alumna, con la idea de invitarla a salir. Por supuesto, me dijo que estaba loco, que cómo la llamaba después de todo lo que había ocurrido entre nosotros. Lo intenté con otra, pero me colgó tan pronto oyó mi nombre.

En los días siguientes Aurora ya no volvió a mostrarse ante mí. Me hacía notar su presencia, eso sí, emitiendo su habitual gañido ya muy audible y de registro cada vez más grave. También podía descubrir dónde se ocultaba porque movía intencionalmente los libros de la estantería. Yo ya casi no trabajaba. Iba a la oficina solamente para hablar con Aurora y contarle mi vida. Hablaba horas y horas, y ella, paciente e incansable, me es-

cuchaba todo el tiempo, aunque últimamente solía interrumpirme —actitud que había comenzado a molestarme— con sus chocantes y ya frecuentes chillidos.

Una tarde, al llegar yo como de costumbre, tuve un sobresalto. Aurora, desde su escondite, emitió su rutinario saludo, pero esta vez el sonido se pareció al de una potente y ronca chicharra. Pensé que quien lanzara semejante berrido debía de tener pulmones muy desarrollados y por consiguiente un tamaño descomunal. Ese día pude oír hasta su respiración isócrona y lenta detrás de los libros. Comencé a sentir temor y una vaga angustia.

Pero me quedé y le hablé como lo venía haciendo cotidianamente. Le conté lo que hasta ese momento le había ocultado: las crueldades que había cometido de niño con las arañas como ella. Cuando le dije que las arrojaba sin patas a las hormigas coloradas, se produjo un súbito silencio. Cesó su respiración y dejaron de moverse los libros. Le pedí perdón y le aseguré que esos actos me habían provocado pesadillas horribles, que muchas noches soñaba con arañas gigantes que me inmovilizaban con sus telas y me arrojaban a un estanque infectado de pirañas. Me despertaba aterrorizado, aullando de dolor y con la certeza de estar bañado en sangre hasta que descubría que se trataba de sudor. Traté de explicarle que esas maldades infantiles no eran tan importantes, y que ahora, de grande, amaba a los animales, pero que había causado mucho sufrimiento a otras personas, que había sido destructivo con seres humanos que confiaron en mí y a quienes defraudé y hasta traicioné miserablemente.

Ella siguió inmóvil y en silencio. Yo, temeroso, me fui esa noche sin despedirme. Durante los días siguientes anduve borracho y enfermo. Por una semana no me atreví a volver a la oficina. Cuando finalmente me decidí a hacerlo, en el momento en

que introducía la llave en la cerradura oí a través de la puerta un crujido tan sonoro y profundo que me hizo sudar adrenalina. Parecía el gruñido de advertencia de un animal salvaje. Llegué a la conclusión de que Aurora había crecido desmesuradamente y que ya no podría alimentarse de insectos, tal vez necesitaría devorarse a... ¡una persona!

No entré. Fui hasta un locutorio telefónico, busqué en la guía una empresa exterminadora de plagas y solicité un urgente servicio. Vinieron dos hombres con un poderoso equipo fumigador. Me preguntaron que tipo de plaga había que combatir. Les dije: “Ahí dentro hay una araña gigantesca, probablemente muy peligrosa”.

Tomaron sus precauciones. Entreabrieron la puerta unos pocos centímetros, introdujeron una gruesa manguera y cubrieron con abundante estopa lo que quedaba libre entre la hoja y el marco. Acto seguido pusieron a funcionar un motor y un potente gas aniquilador penetró en la oficina. Cerraron la puerta y dejaron transcurrir una medía hora. Al cabo de ese tiempo se pusieron unas máscaras y entraron. Abrieron la puerta y la ventanita para que la oficina se ventilara. Luego, a mi pedido, comenzaron a sacar los muebles, carpetas y libros al pasillo a fin de localizar el cuerpo de la araña. Yo me quedé afuera hasta que la oficina quedó desmantelada. Finalmente los dos hombres salieron y me informaron que no habían encontrado nada anormal, tan sólo una pequeña arañita muerta de esas que tienen patas largas y finas.

Hice entrar todo nuevamente y cerré la puerta con llave. Nunca volví a esa oficina. Tampoco he podido permanecer en mi casa ni en mi ciudad ni en lugar fijo alguno. El extraño suceso cambió mi vida. Ahora hablo con las personas normalmente,

y hasta tolero que ellas también quieran hacerlo, y me interrumpen para contradecirme y a veces hasta para contarme sus propios problemas. Eso sí, cuando alguna crece descontroladamente y se pone peligrosa, me ocupo rápidamente de eliminarla.

VIDA MONÓTONA

Me desperté con el ruido de la ciudad. Un camión recolector de residuos comprimía la basura frente a la ventana del hotel, los micros aceleraban en la bocacalle y una hormigonera lejana batía el canto rodado contra el latón. Ya había amanecido y la claridad matinal se esparcía tenuemente por la habitación. Me senté en el borde de la cama y me despecé, aunque no experimenté —esto lo reflexioné después— la grata sensación del estiramiento muscular. Tambaleante por la modorra fui hasta el baño a orinar, por pura costumbre, porque no sentía necesidad de hacerlo. Me sobresalté cuando mi tacto no palpó nada debajo de mi cintura. ¡Vacío, todo vacío! Miré hacia abajo y no vi nada, ni mis manos ni mis piernas, nada. Sólo el inodoro y el oscuro piso del baño. Instintivamente me volví hacia el espejo. Lo único que vi reflejado fueron los azulejos y el botón de la descarga que estaban detrás de mí.

En ese momento, recién en ese momento, recordé algo y volví de un salto al dormitorio. Allí estaba el cuerpo sin vida, tendido sobre la cama como lo había dejado. Poco a poco fui reconstruyendo confusamente lo que había ocurrido la noche anterior: la opresión en el pecho; de pronto esa pulsión repentina e incontrolable; la decisión terrible y la consumación...; luego la

sensación de ahogo, el frío intenso, y esa somnolencia irresistible...

Me puse a deambular por la habitación. No puedo decir que caminaba porque no tenía piernas ni cuerpo ni nada físico, pero me desplazaba con total libertad. Veía y oía como si tuviera ojos y oídos y un cerebro receptor de la visión y los sonidos.

No sé cuánto tiempo permanecí dando vueltas y vueltas por el dormitorio, hasta que golpearon varias veces a la puerta. Alguien gritó desde afuera: “¡Señora Arnalda...! ¡Señora Arnalda...! ¿Me escucha? ¿Se siente bien...? Abra por favor...”

La puerta, que había quedado sin llave, devolvió un suave crujido a la presión cautelosa del encargado del hospedaje. Varios curiosos se asomaron detrás. Todos empalidecieron ante el cuadro desolador de una mujer muerta que miraba el cielorraso con expresión cansada. Vinieron dos oficiales de Policía que revisaron todo e hicieron un inventario. Los curiosos murmuraban sobre la mujer rara y solitaria, todavía joven, que había fallecido tan repentinamente. “Mucho pucho”, sentenció uno mientras con mano temblorosa intentaba encender un cigarrillo. “Parece que tomaba”, opinó un viejo de nariz colorada y voz rasposa mientras señalaba los dos vasos sucios, uno volcado, y la botella de whisky casi vacía que estaban sobre la mesa de luz. “A veces la visitaba un hombre mayor...” dijo por lo bajo el conserje. Cargaron el cadáver en un furgón y lo llevaron hasta la morgue judicial.

Viajé junto al cuerpo; no tuve valor para abandonarlo. En la morgue, un médico forense hizo una negligente autopsia. “Escribí, Fede —le ordenó al ayudante—: paro cardiorrespiratorio... ¿Causa...? Qué sé yo; abuso de barbitúricos combinados con alcohol, creo...; vamos a comer”.

Como nadie reclamó el cadáver, lo llevaron a la facultad de Medicina para que practicaran los estudiantes. Yo no me moví de su lado. ¡Si vieran lo que le hacían! Lo cortaban en pedazos, extraían sus órganos, lo metían en una cámara de frío, lo sacaban a la semana y lo volvían a cortar por todos lados. Un gracioso le hizo una incisión en la garganta y le sacó por allí la punta de la lengua. ¿Qué les parece la corbata?, dijo divertido. Otro le seccionó un par de dedos y se los llevó en el bolsillo del guardapolvo.

Me desesperaban esos destrozos. Es que no me resignaba a separarme de ese maltrecho cuerpo. En los primeros días hasta alenté el estúpido deseo de volver a poseerlo. Quise insanamente entrar en él, pero fue inútil. Yo podía atravesar puertas y paredes, pero no había forma de penetrar esa carne pútrida.

En cierto momento deploré que no hubiera tenido un funeral decoroso como cualquier persona, tal vez unas flores, las lágrimas de algún condoliente. Me habría gustado que mimaran un poco a ese cadáver tan desamparado. Me dolía esa gélida indiferencia, esa falta de respeto por la muerte ajena.

Por suerte cuando el cuerpo quedó totalmente destrozado, juntaron todos los pedazos y los cremaron. Permanecí dentro del horno viendo con melancolía, pero también con alivio, cómo los líquidos se evaporaban y la materia se transformaba en cenizas.

Desde entonces, aquí ando, penando por todos lados, recorriendo el mundo sin disfrutar de nada, víctima de esta interminable monotonía que prolonga y amplifica infinitamente mis aburrimientos terrenales. Espectro solitario en medio de esta incomprendible sociedad de humanos, intento en vano comunicarme con algunos de ellos; como perro hambriento que husmea en los tachos de basura, busco inútilmente en los rincones más

sórdidos del planeta otra alma innoble como la mía en la cual hallar alguna comprensión, algún consuelo. Pero nadie me ve ni me oye. Lo más cruel de este destino es que debo contemplar interminablemente ese espectáculo grotesco y enervante que me indujo a hacer lo que hice aquella fatídica noche en el hotel. Este es mi castigo por aquel crimen.

Pasarán siglos y milenios y yo seguiré igual, padeciendo este espantoso tedio, sin posibilidades de sumergirme en la nada absoluta, sin que me sea dada la gracia de la anulación de la conciencia, esa soñada muerte total, aniquilación de cuerpo y alma, que en vida creí me permitiría huir de la insoportable existencia. Ahora sé que no podré liberarme jamás de este horrible destino de eternidad solitaria y sin sentido, mil veces peor que la vida también solitaria y sin sentido que llevaba antes de morir... antes de suicidarme.

EL SUBTE DE LAS 9,13

El hombre de mediana edad, bien trajeado y de finos modales, ha descendido del subterráneo que viene desde Federico Lacroze y se dispone a hacer la combinación a Retiro. Se le ha hecho tarde. El micro que lo regresará a la ciudad de Córdoba parte a las diez menos cuarto de la noche. Se apura en medio de un río de personas y llega por fin a la estación Diagonal Norte.

Le llama la atención ver a muy poca gente en ese andén. El subte está a punto de salir. Cuando va a subir se le cruza un mendigo vestido de coya que él reconoce por haberlo visto en otra línea tocando simultáneamente el charango y un *pinkuyo*.

—Señor, me permite...—le dice con humildad el mendigo.

—No tengo monedas.

—Es que...

—Apártese, tengo que subir...

El pasajero sube al primer coche, la puerta se cierra y el convoy se pone en movimiento. A través de la ventanilla ve al mendigo que se ha quedado en la plataforma mirándolo con tristeza.

“Qué gente molesta —piensa el pasajero—, creí que con la privatización se terminarían los vagabundos en el subte”. Se acomoda en uno de los primeros asientos laterales. Le extraña que haya pocas personas en el coche. Todas con ese aspecto de

solitarios melancólicos que tienen los porteños cuando viajan en el subterráneo. Se abstrae en sus pensamientos y clava la mirada en el piso.

Ha permanecido ensimismado durante algunos minutos. Vuelve a la realidad, mira a su alrededor y ve que no ha quedado nadie. Los pocos pasajeros han ido bajando en las estaciones Lavalle y San Martín. Por lo visto él es el único que va a Retiro. Raro, ¿no? Observa con inquietud los asientos de madera vacíos. Las argollas del techo se mecen en una danza pendular uniforme que acompaña las rítmicas imperfecciones de los viejos rieles.

La soledad acentúa su depresión. Aquel día fue terrible. Tuvo que rematar una importante venta para la empresa en la que trabaja y eso lo dejó exhausto. Estaba convencido de que la venta no era para él. No tenía temperamento para eso; pero ya no estaba en edad para cambiar de trabajo. Por suerte la próxima estación es Retiro. Está cansado, con sueño. Espera poder dormir en el micro durante toda la noche. Cierra los ojos y por un segundo se adormece. Se sobresalta: ¿Cómo no hemos llegado todavía a Retiro?

El subte avanza a toda velocidad por el oscuro túnel. Los rieles siguen chirriando y las argollas bailando acompasadamente.

Pasan los minutos y el tren no llega a ningún lugar.

El pasajero se asusta. ¿Qué está pasando? ¿Se habrá desviado por un túnel lateral y se dirige quizás a algún taller? La idea le parece absurda, pero a lo mejor el conductor creyó que no viajaba nadie.

Comienza a sentir pánico. Ya pasaron más de quince minutos desde que el tren se detuvo en la última estación. Es imposible que aún no hubiese llegado a Retiro.

Angustiado, golpea la puerta de la cabina del conductor. Nadie le contesta. Tímidamente, repite el llamado un par de veces. Finalmente se decide y abre cautelosamente la puerta.

El conductor, un hombre de unos sesenta y cinco años, de lentes gruesos y grandes bigotes grises, giró levemente la cabeza y lo saludó con una agradable sonrisa.

—Señor, perdone... —le dice respetuosamente el pasajero—, ¿por qué no hemos llegado todavía a Retiro?

—¿A Retiro? Este es el subte de las 9,13...

—No entiendo..., ¿este tren no iba a Retiro?

—¿Nadie le avisó?—. El conductor frunció el ceño como preocupado.

—¿Avisarme qué cosa?

—Es que el subte que pasa a las 9,13 por Diagonal Norte con dirección a Retiro es el que... levanta a las almas que van al otro mundo, más exactamente, al infierno.

El pasajero pensó que el conductor le estaba tomando el pelo. Se sintió molesto y terriblemente angustiado.

—Señor, por favor, contésteme, por qué no llegamos a...

Enmudeció. Había mirado al descuido por el parabrisas de la cabina y sólo vio sobre el cristal el reflejo de las dos personas que estaban allí. Nada se veía del otro lado. El tren avanzaba en medio de una total oscuridad. No había luces en el túnel, ni los clásicos fluorescentes en las paredes ni el haz de luz de los faros del vehículo. El viejo, sin embargo, con sus mano sobre la palanca de marcha miraba hacia fuera como si viera por dónde iban.

—¿A... adónde vamos?— preguntó con voz temblorosa y casi inaudible.

—Ya se lo dije, a la eternidad, a la eternidad demoníaca.

La forma como se lo dijo el viejo, la oscuridad exterior, la marcha interminable del subte, toda esa atmósfera tan irreal y amenazadora le hizo presentir que aquello no era una broma. Algo espantoso le había ocurrido.

—Bueno, si vamos a esa eternidad, yo quisiera bajarme antes de llegar —dijo con fingido sentido del humor—. Todavía estoy vivo...

El viejo lo miró con compasión.

—No, señor, cuánto lo lamento, pero usted ya murió. En algún lugar de Buenos Aires ha quedado su cuerpo inerte. Lo que me extraña es que no le hayan advertido de esto. Usted podría haber eludido este subte como lo hacen todos.

—¿Quién debió advertirme?

—El coya.

—¿El coya? ¿Qué coya?

—Uno que toca el pinkuyo y el charango y anda tirando la manga por los coches.

—Ah, sí, ya sé quién es. Subió en la Línea B, en Carlos Gardel. Lo recuerdo porque yo venía de Medrano. Quiso decirme algo pero yo no lo escuché, supongo que quería pedirme limosna. Después me lo volví a encontrar en Diagonal Norte y me paró cuando yo iba a subir a este coche. Lo eché, me molestan los mendigos.

—Qué macana ¿no?, ese es el encargado de advertir a las personas para que no suban al subte de las 9,13. Este vehículo está reservado para la *Hermandad Demolátrica*.

—¿Qué diablos es eso?

El conductor rió de buena gana.

—Usted lo ha dicho, somos adoradores del Diablo. Casi todos los porteños conocen el peligro de Diagonal Norte a las 9,13

de la noche, aunque nadie habla de eso porque no quieren pasar por supersticiosos ignorantes. Los más audaces se atreven a viajar un par de estaciones. Hasta San Martín se puede llegar sin peligro. Al coya lo tenemos para advertir a los distraídos y a los que no son de la Capital. Lástima que no lo quiso atender. Bueno, paciencia, ahora ya está muerto y va a tener que hablar con el Ángel Caído.

—Pero, ¿cuál es mi destino? Yo no he hecho mal a nadie.

—Perdone mi curiosidad, ¿usted es cristiano?

—Sí, claro, soy católico...

—Ajá... vea, con el debido respeto, debo decirle que no nos gustan los católicos. Sin embargo, si usted no ha pecado nunca, me refiero a pecados grandes, el Maestro no tiene más remedio que transferirlo al paraíso. De lo contrario, perdóneme la franqueza, pero no hay mejores esclavos para el Infierno que los malos católicos.

—No es mi caso...

—¿Seguro?

—Eso creo.

—A ver, ¿nunca mató?

—¡Por Dios, hombre...!

—¿Robó?

—Jamás.

—¿Violó a alguna mujer, a un chico, a un animal...?

—¡Pero qué dice, hombre!

—¿Cometió adulterio?

—Bueno...

—No importa, ese pecado es perdonable. Pero contésteme a esto: ¿es usted por casualidad un hombre callado?

—No sé a qué se refiere.

—Callado, cazarro, taciturno.

—La verdad... sí, soy un tipo que habla poco.

—Ya me lo imaginaba, no quiso hablar con el coya. Entonces, lo lamento, pero usted ya está condenado. El peor pecado de un cristiano es no hablar con sus semejantes.

—¿No hablar es un pecado? Pero hágame el favor, eso no lo vi escrito en ninguna parte.

—Aunque usted no lo crea es el decimoprimer mandamiento de Dios: *“No le negarás conversación a tus hijos y a tu vecino, serás locuaz y agradable con tu prójimo”*.

—¿Decimoprimer mandamiento?—exclamó estupefacto el pasajero—, yo sólo conozco diez.

—Sabe qué pasa, cuando Moisés reescribió los Mandamientos de Dios luego de romper colérico las Tablas de la Ley, olvidó transcribir este último que el Creador consideró el más importante de todos.

—Pero señor, en qué cabeza cabe que ser reservado y hablar poco pueda ser un pecado mortal, merecedor del Infierno.

—¿Ah, no? ¿Qué dicen las Escrituras?: *“En el principio era el verbo, y el verbo era Dios”*. Dios hizo todo con la palabra. El verbo es la sustancia de la vida. No hablar con la gente provoca daños terribles. ¿Por qué Adán y Eva le desobedecieron a Dios, eh? ¿Por qué? Porque Dios no había hablado lo suficiente con ellos y en cambio el Demonio, convertido en serpiente de lengua ligera, le hizo la oreja a Eva, hasta que la convenció de que sería divertido espiar lo que tenía su compañero debajo de la hoja de parra. Fue el primer triunfo, digamos “político” de Satanás sobre Jehová. Créame, a veces el silencio obstinado deriva en tragedias familiares, guerras, holocaustos.

—Yo creo que los charlatanes son aún peores.

—No, qué va...

—Cronófagos, llamó Goethe a los latosos que nos roban el tiempo. Nos quitan la soledad sin darnos compañía...

—¿Goethe, el alemán que escribió *Fausto*? Ese está castigado en el Infierno. A mi señor no le gustan los escritores que escriben sobre él, y a Dios parece que tampoco. Pero usted está equivocado con respecto a los que hablan demasiado. ¿Qué mal pueden hacer? Aburrirlo a uno, invadirle esa escasa medía hora que uno tiene para leer el diario tranquilo, romperle los quinitos. Pero eso es todo. Vea, si usted hubiera sido un conversador simpático seguramente lo habría atendido al coya, se habría interesado por lo que tenía que decirle. En cambio no le dio bola, lo echó, no pudo con su genio chúcaro. ¡Le negó la palabra! Eso explica por qué falló nuestro sistema de advertencias. Usted, desde el punto de vista de Dios, se merece el castigo eterno.

—Pero yo nunca creí que hacía mal a nadie por hablar poco.

—Sin embargo, ya ve, es lo por que puede hacer una persona.

—Mi mujer suele culparme de todo lo que pasa en casa por no hablar...

—Ahí tiene.

—¿Entonces yo...?

El viejo se encogió de hombros.

—Usted en cambio es un buen conversador —comentó el pasajero—; para ser empleado de Mefistófeles parece una buena persona, ¿por qué está en este... tren diabólico?

El viejo se rió.

—Buena pregunta. Yo era un callado total. Peor que usted. Mudo como los durmientes de este Subte. Era incapaz hasta de decir buen día. Estaba condenado, por eso ingresé a esta cofrad-

ía. Pero fíjese qué cosa, aquí me enseñaron a ser sociable con mis hermanos demolátricos, y también con los cristianos, pero ojo, sólo para inducirlos a obrar mal, como la serpiente, ¿vio?

—Supongo que usted también está muerto.

—Sí, pero yo subí voluntariamente al subte de las 9,13. Me cansé del mundo y como ya estaba iniciado en la hermandad quise venir a esta vida con el adorado Maestro. El subte nos proporciona una muerte sin sufrimiento. Es una elección libre. Usted pone el pie aquí arriba y listo, a las dos estaciones está muerto y ni se dio cuenta. Si se arrepiente siempre está a tiempo de bajarse en San Martín.

—¿Y por qué le dieron este destino tan poco interesante?

—Es que una vez ayudé a una viejita a cruzar la calle.

—Ajá, ¿y...?

—La viejita era testigo de Jehová. Que sé yo, le vi aspecto de bruja, me equivoqué feo... y después, para sacármela de encima, casi le compro la *Atalaya*. Los satánicos no podemos tener ningún gesto de bondad salvo entre nosotros. La ley del Averno nos exige lealtad y generosidad con nuestros hermanos. Pero fuera de la cofradía tenemos que ser siempre bien hijos de puta. Créame que no es fácil ser malo todo el tiempo.

—¿Y cómo pueden ser bondadosos entre ustedes?

—La bondad es un concepto cristiano, pero con los siglos lo hemos adaptado a la moral demoníaca. Es que dañarnos entre nosotros era una estupidez autodestructiva. Nuestra organización nunca prosperaba porque nos recagábamos unos a otros. Hasta que vino un gran profeta demolátrico, un tal Hitler; lo conoce, ¿no?

—¡Hitler! ¿Adolfo Hitler?

—El mismo, gran estrategia de la maldad. Él nos enseñó que practicar la solidaridad entre nosotros era altamente conveniente para el desarrollo de nuestra organización. Desde entonces nadie jode a un hermano, sólo jodemos a los de afuera. Pero aún las maldades que hacemos a los demás tienen que ser racionales para que no se vuelvan contra nosotros.

—¿Y son felices ustedes?

—¡Qué le parece! En vida ganamos dinero y a veces poder, tenemos placeres, practicamos el sexo grupal, el intercambio de parejas, nos divertimos como locos. Pero es duro mantenerse en la *mala* senda, a veces nos domina la tentación de hacer alguna cosa buena, de compadecernos por algún desdichado, y caemos en el bien como suelen caer ustedes en el pecado. Es que es tan difícil ser bueno todo el tiempo como ser malo todo el tiempo, en fin...

—¿Y qué castigo tienen ustedes si no alcanzan la perfecta maldad?

—Nadie alcanza la perfecta maldad, salvo el Maestro. Tenemos que ser simplemente malignos, crueles, perversos, lo más que podamos. Es la tendencia lo que vale. Si retrocedemos los castigos varían desde hacer de conductor en este subte, que es un castigo leve, o hacer de mendigo en los andenes, como el coya, o bien andar penando como un paria por el submundo de los muertos (usted habrá oído sobre las almas en pena), hasta la más terrible de todas las sanciones: el Infierno de los Infiernos.

—¿El Infierno de los Infiernos?

—Si, es el lugar adónde también van los malos católicos, o los cazurros, como usted. Bueno, no quiero asustarlo, pero creo que lo van a mandar allí.

—¿Pero cómo me van a reservar ese destino tan tremendo si ni siquiera sabía que no hablar era pecado tan ignominioso? No le creo, usted quiere asustarme, es parte de su juego malvado...

—No, vea, usted me ha caído simpático. No estoy siendo malo con usted. Cuando nos agrada una persona es difícilísimo forzar contra ella malas acciones. Por eso inventamos los prejuicios raciales, los odios de clase, las intolerancias políticas y religiosas. Para hacer grandes maldades hay que odiar a la gente, si no es muy difícil, casi imposible.

—Contésteme entonces lo que le pregunté. Por qué me van castigar si yo ignoraba...

—Ah, eso pregúnteselo a Moisés, él tiene la culpa por lo de las Tablas...

—¿Moisés está en el Infierno?

—Así es. Al principio había ido al Cielo, y con todos los honores. Hasta que Dios descubrió que el gran héroe del Éxodo había olvidado transcribir el 11° Mandamiento. ¡Para qué le voy a contar! Dicen que Dios tronaba como su colega Júpiter. Nadie lo había visto tan furioso desde el Diluvio. Y esto fue apenas hace un par de siglos. Jehová lo arrojó al Averno. Pero no crea que la está pasando tan mal. A Lucifer le encanta que le cuente cómo les hizo tragar oro derretido a los tres mil judíos que adoraron en su ausencia el becerro de oro. Lo tiene a Moisés para que lo entretenga cuando está aburrido. Se calcula que Dios lo va a perdonar tarde o temprano, al fin y al cabo fue Satanás quién corrompió al pueblo elegido para hacer encolerizar a Moisés. Ahí tiene, ¿ve?, otro triunfo del astuto Satanás sobre Dios. Hay que reconocer que le ganó unas cuantas. Pero el problema de Dios es que no sabe como agregar ahora el 11° Mandamiento después de tantos milenios en que a la Ley Suprema se

la conoce como *El Decálogo del Monte Sinaí*. He oído el rumor de que San Expedito lo está convenciendo para que derogue el sexto Mandamiento, que ha caído en desuetudo, e inserte en su lugar uno muy sintético que diga: “No cometerás mutismo cuando hablar sea menester”.

—Está bien, pero mientras tanto, ¿por qué nos exigen que cumplamos lo que no conocemos?

—Cómo, ¿y los sicólogos, para qué están?

—¿Los sicólogos...?

—Claro, Dios los creó para que le digan a la gente que hay que hablar, que hay que comunicarse, que hay que decir “te amo” o “no me gusta eso que me hiciste” y todas esas cosas.

—¿Dios hizo a esos tipos?

—Sí, lo puso a Freud, otro judío, para que reparara la macana que se mandó Moisés. Pero Freud se le puso en contra, nadie sabe por qué. Desde entonces todos los psicólogos son agnósticos. Dios está bastante decepcionado con ellos, aunque los perdona porque mal o bien cumplen su misión de divulgar el 11º Mandamiento. Hablan por televisión, escriben libros, dan conferencias, hacen de todo para difundir la bienaventuranza de la garrulería.

Se produjo un silencio. El viejo siguió conduciendo mientras encendía plácidamente una olorosa pipa.

—¿Cuál es su nombre?—le preguntó al pasajero.

—Carlos Furione.

—Yo soy Casimiro, mucho gusto —dijo el conductor tendiéndole la mano.

El pasajero se ha quedado callado pensando. Miró al viejo en silencio, con los ojos entrecerrados, como tramando algo. Al rato comentó en tono de lamentación:

—Yo podría haber sido un buen hermano de ustedes, ahora estaría en mejor situación.

—Y bueh... qué se le va a hacer.

—Pude haber contribuido con la causa de ustedes.

—Sin duda, un tipo callado suele ser un gran demoníaco.

—Tal vez a su Maestro le habría gustado tenerme de acólito.

—Eso seguro, los taciturnos son sus predilectos, pero... en fin.

—Le aseguro Casimiro, que soy capaz de permanecer mudo las veinticuatro horas durante días y días. ¡Si lo sabrán mis vecinos! Eso sí, con un pequeño entrenamiento podría ser conversador y simpático con mis hermanos demoníacos.

—¿Y con su familia?

—No, ellos son muy chupacirios. Con mi familia sería más callado y odioso que nunca. Los haría sufrir terriblemente.

—Oiga, usted parece tener muchas condiciones—comentó con entusiasmo el conductor.

—Sí, pero lamentablemente ya no podré demostrar al Maestro de lo que soy capaz.

—Claro, usted subió a este subte sin estar preparado. Qué pena ¿no?

—Sí, y para Satanás la pérdida puede ser incalculable.

—¿Por...?

—Imagínese. Con todas las maldades que yo podría hacer en el mundo, tal vez la historia cambiaría.

—Tiene razón...

—Y cómo se va a indignar el Maestro cuando se entere de que sus adoradores no supieron descubrirme a tiempo para tentarme y aprovecharme. En lugar de eso me dejaron entrar en este coche sin estar preparado. ¡Qué negligentes!

—Eso es cierto, Satanás es severo con nuestros descuidos.

—Me parece que usted no se da cuenta de lo que estoy tratando de decirle.

—No sé a qué se refiere.

—Esta vez los culpables van a ser el coya y usted.

—¿Por qué? —preguntó Casimiro con evidente nerviosismo—; si yo a usted no lo conocía...

—Es cierto, pero tiene malos antecedentes, ayudó a la viejita. Si yo le digo al Maestro que nos conocíamos de toda la vida, ¿a quién le creerá, a usted o a mí?

—¡Pero eso sería una calumnia!— exclamó Casimiro indignado.

—¿Cómo califican ustedes la mentira y el falso testimonio? ¿No es una maldad? Si yo voy a ser castigado como un mal católico es porque no soy uno de ustedes. Entonces no estoy obligado a guardarle a usted ninguna lealtad.

—Pero Carlos, yo no le hice nada.

—Otro error en su conducta. Usted no parece ser un verdadero malvado. A ver si Satanás se termina de desilusionar con usted y lo manda a penar hasta que los ingleses devuelvan las Malvinas.

—Ya veo, ya veo, usted es bastante hijo de puta. No me parecía... Lo paradójico es que ha quedado afuera de la cofradía.

—Pero a lo mejor todavía puede hacer algo y conseguir que yo me ponga de su lado. Como un hermano demolátrico, digo. ¿No está aburrido de conducir este subte?

—Qué le parece, estoy desde principios de siglo, desde que se inauguró la Línea A. Sí, me gustaría dejar esta cabina de mierda y disfrutar de los placeres infernales...

—Y bueno, usted tiene experiencia para las diabluras.

—No entiendo.

—Digo que debe de tener algún poder para arreglar esta situación antes de que lleguemos a destino.

El viejo se quedó callado. Pensaba. Al cabo de un tiempo dijo:

—Creo que podríamos hacer algo.

—¿Como qué? —preguntó Carlos Furione disimulando su ansiedad.

—Vea, es cierto, yo tengo algunos poderes. Si usted se compromete a ser un buen adorador de Satanás... puedo hacer regresar este subte para que usted se baje...

—¿Habré vuelto a la vida?

—Si hacemos esa operación, sí. Pero esto es muy riesgoso para mí. ¿Qué me dará a cambio?

—Puedo interceder por usted ante el Maestro, le diría que usted me convenció para ser un buen luciferino. Le rogaría que lo exima del error cometido.

—La viejita llevaba una escoba, ¿cómo podía saber...?

—Claro, hombre, eso le puede pasar a cualquiera, yo se lo voy a explicar al Maestro cuando me llegue la hora natural, descuide.

—Bueno, vamos a ver —dijo el viejo sacando un teléfono celular de su bolsillo—; pero primero tengo que comunicarme con mi superior inmediato. Déjeme solo un momento. El conductor cerró la cabina. En un par de minutos la puerta volvió a abrirse. El conductor sonreía.

—El jefe me autoriza a transferirlo a otro subte para que pueda bajar directamente en Retiro, así no llega tarde a la terminal, todo bajo mi responsabilidad.

—¡Fantástico!—exclamó Furione.

—Pero me recomendó que me asegure de que usted va a cumplir el compromiso.

—Lo prometo.

—No basta.

—¿Qué quiere que haga?

—Tiene que jurar que obedecerá los preceptos de Satanás por el resto de su vida.

—No hay problema.

—Pero vea que si no cumple con lo que jura su castigo será horroroso. Lucifer es muy cruel con los que lo traicionan.

—Pierda cuidado, honraré mi palabra.

—No le queda otra. Una vez que jure sólo tiene como alternativa lograr ser un cristiano ejemplar para que Dios lo libere de las garras de nuestro rencoroso Maestro. Pero ni lo piense —el viejo se rió a carcajadas—, para alcanzar esa perfecta virtud usted tendría que volverse un gran conversador con su familia y con la gente, sobre todo con su familia, y ese esfuerzo le va a resultar mucho más difícil e insoportable que comportarse como un buen satánico.

—Téngalo por seguro. Bueno, ¿qué le parece si juro?

—Repita conmigo: *juro solemnemente obedecer los oscuros preceptos de Satanás por toda la eternidad.*

—Juro solemnemente obedecer los oscuros preceptos de Satanás por toda la eternidad... Amén.

Carlos Furione abrió los ojos sobresaltado. La gente se estaba levantando de los asientos y se amontonaba en las puertas corredizas. El subte acababa de llegar a Retiro. Miró el reloj: eran las 9,20.

Aturdido, se llegó caminando hasta la estación terminal, subió al autobús, viajó hasta la ciudad mediterránea y luego fue en

taxi hasta su casa. Allí encontró a su mujer planchando y a dos de sus hijos menores estudiando en la cocina.

—¿Cómo te fue en Buenos Aires? —le preguntó ella sin esperar mayores comentarios de su parco marido.

Carlos Furione la miró serio, miró a los chicos. Gran silencio. Todos lo observaron esperando el monosílabo habitual. Pero él no pronunciaba ni ese monosílabo. En eso comenzó a reír. Había descubierto que era un buen vendedor. Ahora tenía que prepararse para el gran cambio de su vida.

LA PULSERA DE PLATA

1

No tuve ningún presentimiento, ningún temor, ni la más leve inquietud. Al contrario, me sentí muy feliz cuando Martín me llamó por teléfono para invitarme a cenar en su casa. Su madre no terminaba de aceptarme, pero ese día, seguramente para complacer a su hijo, había decidido cambiar de actitud y cocinar para mí.

Cuando esa noche llegué a su departamento no fue Martín quien salió a recibirme. La puerta se abrió con desacostumbrada brusquedad y apareció frente a mí la sonriente y atlética imagen de Orestes. Esa inesperada presencia me sobresaltó y me provocó la primera sensación ingrata de la noche.

Tal vez yo estaba ese día predispuesto a ver las cosas torcidas, pues de otra manera no me habría fastidiado tanto encontrarme con ese antiguo amigo de Martín, quien, según él mismo se apresuró a explicarme, había pasado por allí de visita, como solía hacerlo de tarde en tarde, y Martín había insistido en que se quedara a cenar con nosotros.

¿Qué puede haber de malo en ese espontáneo y civilizado gesto de hospitalidad? Nunca antes me habían molestado las fre-

cuentas visitas de Orestes a la casa de Martín, pues sabía que ambos eran como hermanos desde muy jóvenes.

No hay por lo tanto una razón aceptable que justifique o por lo menos explique lo que me sucedió. Acaso me afectó tener que aceptar que yo no sería el único agasajado de la noche. Pero me parece que lo que más me disgustó fue la decisión de Martín de invitarlo a Orestes sin haberme consultado, desconsideración que no pude menos que asociar a otros episodios similares en los que siempre me sentía subestimado por él. En fin, ¿de qué vale ahora sacar conclusiones? Haya sido por una causa o por otra, esa noche me sentí repentinamente succionado por uno de mis habituales pozos depresivos.

2

La velada fue espantosa. Durante toda la cena permanecí callado, pronunciando alguno que otro monosílabo cuando alguien me preguntaba algo, en tanto que Martín, habiendo advertido con preocupación mi estado de ánimo, procuraba disimularlo hablando lo más animadamente posible.

Yo traté, lo juro, de salir de ese repentino agobio, y reconozco que Martín se deshizo en vanos esfuerzos por ayudarme en el intento. Pero todo fue inútil: terminé como de costumbre en las profundidades de ese oscuro agujero, enmudeciendo por completo.

Cuando me ocurren estas cosas suelo abstraerme progresivamente hasta quedar insensibilizado de cuanto me rodea. Esa noche había entrado en una especie de sopor, en un raro aletargamiento que me mantuvo aislado de aquellas personas durante

un tiempo indeterminado. Era como si volara, tal la sensación de atonía e ingravidez que se había apoderado de mí. Recuerdo no haber escuchado, durante esos minutos iniciales, otro sonido que el de los cubiertos, pues la cena se había iniciado, por mi culpa, con prolongados silencios y tensas formalidades.

Grande habría de ser mi sobresalto cuando un bullicio repentino que pareció estallar sin transición en mis oídos, me trajo bruscamente a la realidad. Nada anormal había ocurrido, sólo que la silenciosa cena se había ido animando sin que yo lo percibiera, y ese hecho tan trivial me produjo un efecto devastador. Me sobrecogió descubrir que Orestes, Martín y su madre jaranearan como si nada hubiera ocurrido. ¡Habían logrado excluirme como si yo no existiera! Me sentí como un ebrio miserable que despierta sobresaltado de su modorra y descubre que los demás no le prestan atención. Dominado por la angustia y el bochorno, quedé ridículamente paralizado, avergonzado de mi estúpida conducta, con mis mejillas ardiendo y los ojos clavados en el plato que alguien había puesto silenciosamente delante de mí.

Pero esto no había sido más que el comienzo. Nuevos y pequeños incidente se irían encadenando caprichosamente para agravar las cosas. La conversación se hizo cada vez más animada. Se recordaron jugosas anécdotas de viejos tiempos que yo no había conocido (Martín y Orestes andaban por los cuarenta y tantos años —yo tengo treinta y tres— y habían trabajado en la misma empresa durante mucho tiempo). Recordaron las relaciones de fulana con el esposo de mengana; o aquella vez en que la loca de Esther fue a bailar con el grupo de la oficina y en eso cayó el marido quien la pescó apretada al calentón de su jefe bailando un bolero, y ahí nomás la cagó a bofetadas, mientras

ella, con gesto teatral, fingía desmayarse. De la risa casi no podían ni hablar.

Orestes, que era un gran conversador y un excelente bromista, comenzó a hacer chistes de subido tono que en otros momentos me habrían parecido inofensivos, pero que bajo la presión de aquellas circunstancias se me antojaron demostraciones de escandalosa intimidad. No sé si fueron los chistes o la manera como los festejaba Martín lo que me resultó más ultrajante. Pero a partir de estas últimas escenas una oscura voz interior comenzó a susurrarme ciertas insinuaciones escalofriantes. Poco a poco fue creciendo dentro de mí una monstruosa sospecha. Esa extraña familiaridad, esa animada conversación, esas bromas obscenas que hacían reír tanto a Martín no podían tener sino un solo significado: Orestes y Martín eran algo más que amigos. La espantosa idea relampagueó en mi cerebro. “¡Dios mío, cómo puede ser tan necio!”. Ahora tomaban un claro sentido para mí ciertas miradas de extraña expresividad que en más de una oportunidad había creído observar entre ellos. Y hubo otros indicios, ¡claro que los hubo! Sin ir más lejos, ¿cuántas veces me había hablado de Orestes sin ocultar la honda admiración que despertaban en él su inteligencia y su carácter? ¿Acaso no lo tenía por un ser excepcional, nombrándolo vuelta a vuelta con un respeto que jamás había demostrado sentir por mí?

Esta revelación me abatió por completo. Ya no me quedaba ánimo ni para respirar. ¿Qué podía hacer? ¿Levantarme e irme? No me sentía con fuerzas suficientes para hacer algo así. No tenía valor para nada, ni siquiera para pedir que me alcanzaran la botella de vino, y mi copa estaba vacía desde hacía media hora sin que nadie se preocupara por ello.

Pero podía pensar, eso sí (afiebradamente, enajenadamente, pero pensar al fin), y con el pensamiento suelo sentirme bastante poderoso. Decidí entonces darle a Martín una merecida lección: abandonarlo. Sí, eso haría. Él siempre me había amenazado con dejarme, y hasta lo había intentado una o dos veces en que debí suplicarle que no lo hiciera. Pues bien, yo tomaría esta vez la iniciativa.

La animosa conversación no decaía en ningún momento. Ahora hablaban y se reían los tres a la vez. A mí ni me miraban. Sintiéndome calmo, me dispuse a esperar pacientemente que la sobremesa llegara a su fin.

3

Por suerte no bien tomamos el café, Orestes se despidió de nosotros y se marchó. Se produjo en la casa un silencio espectral. La madre de Martín levantó calladamente la vajilla y se fue a la cocina.

Sin decir palabra, Martín y yo nos sentamos uno frente al otro en los sillones del *living*. Por primera vez él me miró fijamente. ¡Cuánta rabia había en sus hermosos ojos!

—Bueno, supongo que me vas a decir que carajo fue lo que te pasó esta noche —me dijo groseramente. Estaba pálido, no parecía él, sus ojos tenían un brillo quebradizo y sus facciones se veían feamente alteradas por extrañas sombras que contrastaban con su palidez.

No le contesté. Jamás lo hago cuando me pongo así. Además, ¿para qué hacerlo? ¿No sabía Martín acaso lo que yo pensaba? ¿Para qué seguir fingiendo si ya todo había quedado al

descubierto? El no podía ignorar lo que me pasaba, pero insistía en su interrogatorio. Tenía la voz enronquecida y vacilante, signos que anticipaban la inminencia de un estallido de furia. Siempre había sentido temor al verlo en ese estado, pero me dije que esta vez no me importaba nada, total, todo había terminado. Una y otra vez repitió su pregunta. Por momentos sus llameantes ojos se humedecían y su voz se quebraba sofocada por reprimidos sollozos de rabia. Yo permanecí mudo, mirándolo fijamente, desafiante y orgulloso, decidido a no hablar una sola palabra. ¡Nunca más lo haría! Me sentí un héroe. Había decidido romper nuestra amistad esa misma noche y eso era exactamente lo que iba a hacer. ¿Qué futuro podía haber en una relación así? Si todo estaba muy claro desde meses atrás. Por ejemplo: ¿cuánto tiempo hacía que había dejado de usar la pulserita de plata que yo le había regalado? Nunca me atreví a pedirle explicaciones por esto, pero siempre había sospechado una sutil intención reveladora en esa actitud. Martín poseía todas las sutilezas de la feminidad y es sabido que las mujeres siempre hallan una manera indirecta de hacerle ver las cosas a los hombres. Somos nosotros quienes por engreimiento o cobardía nos resistimos a interpretar su lenguaje críptico. Martín había dejado de amarme, y a tantas humillaciones sólo faltaba sumar la última: ser arrojado como un perro. Ah, pero eso no ocurriría, pues yo me encargaría de abandonarlo a él. No hay peor cosa que hacerle eso a una mujer, y Martín se merecía como ninguna esa afrenta. Me puse de pie.

—Martín —le dije con fingida serenidad—, lo nuestro terminó. ¿Está claro? Estoy harto de vos; no quiero verte más.

El efecto fue demoledor. Sin duda él no esperaba algo así. Quedó petrificado. Sus rasgos se transfiguraron. Su irritación de

segundos antes desapareció de sus ojos y vi asomar en ellos una conmovedora expresión de asombro, de honda consternación. Aquella mirada me sacudió. Vacilé por un segundo. Creo que estuve a punto de arrojarme a sus pies y pedirle perdón de rodillas. Pero esta flaqueza se disipó enseguida. Temiendo claudicar intenté retirarme de allí lo más apresuradamente posible. Lo dicho, dicho estaba. Tenía que evitar la tentadora retractación. Martín me cortó la salida colocándose delante de mí.

—Roberto... por favor, por favor... ¿qué es lo que ocurre? ¿Estás loco? ¡Qué te pasa, por Dios...!

¡Si ustedes imaginaran el tono de súplica con que pronunció estas palabras! ¡Si hubieran visto esa expresión de tristeza casi infantil! ¡Ah, que cerca estuve de bajar humildemente la mirada y volver a sentarme! Pero me sobrepuse y logré evitar esa peligrosa recaída. Desgarrándome por dentro, junté fuerzas y le contesté con el tono más despreciativo que mi feroz voluntad destructiva fue capaz de acuñar en ese momento:

—Vos sabés muy bien lo que ocurre, así que basta de hipocresía. De aquí en adelante podés hacer lo que se te antoje. ¿No es eso lo que siempre quisiste? Bueno, ahora vas a poder revolcarte con quien quieras sin que nadie te controle. Vas a ser una loca totalmente libre. Adiós.

Lo aparté bruscamente y salí del departamento con paso firme y con el corazón golpeándome la garganta. Martín se precipitó tras de mí.

—¡Roberto, no te vayas así! ¡Tenés que decirme qué sucede! ¡¡Roberto...!!

Sin escucharlo, comencé a bajar por la empinada escalera que conduce rectamente desde el departamento del primer piso hasta la planta baja. No había llegado ni a la mitad de la escalera

cuando Martín me alcanzó y me detuvo tomándome enérgicamente por el brazo. Con violencia inaudita me obligó a enfrentarlo. ¡Ah, si ustedes supieran con que mirada me interrogó! Nunca olvidaré ese destello de intenso odio que heló mi sangre. En ese momento pensé que era una pena que Martín no hubiese sido capaz de mantener la expresión triste y asombrada de unos momentos antes; aunque ahora creo que fue más que una pena, fue una verdadera tragedia que no lo hiciera, pues seguramente yo habría terminado por ceder ante esa mezcla de ternura y desamparo..., y no hubiese ocurrido lo que ocurrió. Me enfureció en cambio comprobar qué poco le duraba la dulzura conmigo.

4

Recuerdo que yo tenía puesta una camisa de mangas cortas (era una noche calurosa); Martín, que usaba uñas largas, afiladas y bien cuidadas, me había tomado por mi brazo izquierdo. Yo quedé de espaldas a la pared, con mi mano derecha apoyada en el pasamanos de la escalera. Noté que le costaba hablar, las palabras se le retorcían en la garganta.

—No te vas a ir... hasta... que me digas lo que te pasa, ¡entendés!—dijo dificultosamente con voz ronca y temblorosa.

Me asombró la tremenda presión de su puño. Era increíble que un ser tan delicado y frágil pudiera tener tanta fuerza. Sus ojos despedían llamaradas de rencor. Comprendí que aquella tremenda energía brotaba desde los abismos más profundos de su alma, como si todos los odios, angustias y rencores de su vida estallaran en una crepitación colosal. Ansioso por irme y terminar con todo aquello, tironeé con todas mis fuerzas para zafarme de esa garra salvaje pero fue inútil.

—¡Vas a hablar, Roberto, vas a hablar!

Yo no le contesté; quedé mirándolo con aires de quien dice: “Bueno, aguátemos esta escena, pero que sea pronto porque ya estoy hartó”. Martín seguía apretando. Comenzó a preocuparme la forma gradual y continua como él iba incrementando la presión; parecía una prensa a la que se hace girar lentamente el tornillo. Tuve un ligero estremecimiento cuando sentí que sus puntiagudas uñas comenzaban a atravesar la piel. “¿Tendré que golpearlo?”, pensé, pero la idea me espantó. Di un nuevo sacudón, calculando que esta vez fuera sorpresivo y lo suficientemente violento como para vencer esa increíble resistencia, pero volví a fracasar y sólo conseguí que acelerara el estrujamiento. Involuntariamente dejé escapar un gemido. El dolor era ya insostenible.

—¡Soltame! —grité mientras hacía nuevos e inútiles movimientos bruscos para liberar mi brazo.

—¡Me vas a decir qué fue lo que te hice, hijo de puta!

Sentí pánico. Las uñas seguían penetrando en la carne. Un resto de orgullo me obligó a fingir que podía soportar esa tortura. Me resultaba inadmisibile que una persona tan suave me estuviera dominando físicamente.

—¡Me vas a decir qué te pasa, basura! ¡Me vas a decir qué te pasa! —repetía fuera de sí. Vi con horror una veta de insania en sus ojos. Su puño acerado seguía flagelándome espantosamente. Comprendí que estaba inerme a merced de esa furia desconocida. El dolor era atroz y se intensificaba implacablemente. Pensé que no podría resistirlo mucho tiempo más. Acabaría rogándole que no continuara apretando, tal vez lloraría como un chico. Mi indefensión era total. Comencé a transpirar y a temblar convulsivamente. Sentí que iba a doblarme. Él también lo advirtió.

—¡De rodillas! —rugió— ¡Quiero verte de rodillas!

Encorvado, volví el rostro hacia la pared para ocultar una horrible mueca de dolor, y en esa triste posición resistí todavía unos segundos más. Cuando sus uñas comenzaron a rozar el hueso me derrumbé. Enloquecido de dolor, sollozante, totalmente quebrantado, comencé a doblar las rodillas lentamente. Lo miré con desesperación y vi sus ojos cristalizados que contemplaban con diabólico placer mis abyectas contorsiones. Mi rodilla tocaba ya uno de los peldaños cuando un último vestigio de arrogancia me impulsó a intentar reincorporarme. Lo tomé frenéticamente por su abundante cabellera entrecana con mi mano derecha, pero al soltar el pasamano trastabillé. Los dos perdimos el equilibrio y rodamos escaleras abajo. Uno sobre el otro nos precipitamos ruidosamente hacia el pequeño zaguán de la planta baja. Yo quedé de espaldas en el piso y Martín encima de mí. Increíblemente la caída no había modificado la situación. Él continuaba apretando. Lo golpeé entonces ferozmente con mi puño derecho, pero Martín, sin soltarme, hundió su rodilla en mis testículos. Enceguecido, inmovilizado por el bárbaro golpe, sólo atiné a suplicarle con voz ahogada que no me dañara, que no volviera a golpearme así. “¡Por favor, Martín... no me lastimes!”, imploré ignominiosamente.

Pero mis súplicas sólo exacerbaron su locura. Martín volvió a golpearme con su rodilla una y otra vez. Gruñendo como una bestia quiso morderme la nariz, pero pude ladear la cabeza a tiempo. En el suelo había una piedra usada para trabar la puerta. Sin saber lo que hacía, la tomé y lo golpeé con ella una, diez, cien veces, hasta que su cabeza quedó destrozada. Sentí con alivio que su mano había cesado de apretar. Traté de librarme de

ella pero fue inútil: sus uñas estaban profundamente incrustadas en mi carne y la mano no se había relajado.

En ese momento no me hice cargo de la espantosa gravedad de lo que acababa de suceder. Sólo pensaba en desprender esa mano de mi brazo. Recordé que Martín guardaba en uno de los cajones de la cocina un cuchillo de carnicero bien afilado. Podría cortar la mano. ¿Qué otra solución había? El problema era llegar hasta la cocina, pues debía subir los dieciocho escalones arrastrando el cadáver. Intenté cargar el cuerpo, pero eso me exigiría adoptar una posición que agudizaría insoportablemente el dolor de mi brazo. Opté entonces por arrastrarlo lentamente, escalón por escalón. Demoré bastante en llegar arriba, pero finalmente lo logré. No quise volver a mirar la cara de Martín. “Tendrán que tapar el cajón, es una lástima”, pensé. Un impresionante hundimiento ocupaba el lugar de su frente, su nariz ya no existía y sus ojos no se veían, cubiertos como estaban por una pasta viscosa de sangre y masa encefálica.

Cuando la madre de Martín, que ajena a todo estaba lavando los platos, me vio entrar arrastrando el estropeado cuerpo de su hijo, quedó paralizada por el horror. Le expliqué que había tenido que matarlo porque no me quería soltar el brazo y que ahora no me quedaba otro remedio que cortar su mano para poder irme. La pobre vieja seguía inmóvil, pálida y temblorosa, mirando el cuadro con ojos alucinados. Su garganta dejaba escapar un lúgubre quejido, monótono e interminable. Sin prestarle atención abrí el primer cajón de la mesada y tomé el cuchillo. Estaba bien afilado pero me resultaba sumamente difícil cortar aquella muñeca por lo incómodo de la posición. La llamé a la mujer y le pedí que me ayudara. No me hacía caso. Al insistir yo con voz enérgica, salió de su inmovilidad y comenzó a gritar histérica-

mente: ¡Asesino, asesino! Como una bestia enloquecida se abalanzó sobre mí. Cuando comprendí que no podría contar con su ayuda, la aparté violentamente y continué con mis arduos esfuerzos para seccionar aquella mano. La hoja del cuchillo resbalaba en el hueso. Torpemente procuré hallar la coyuntura de la muñeca. Si lograba introducir el acero en ese intersticio todo terminaría enseguida.

La mujer estaba otra vez sobre mí. ¡Asesino, asesino!. Había tomado un objeto metálico, quizás una sartén o algo parecido, y me golpeaba. Traté de cubrirme, pero uno de los golpes me dio de lleno sobre una oreja. Mi reacción fue como un rayo: sin pensarlo le abrí el vientre de una certera cuchillada. Se quedó mirándome como atolondrada; luego gimió y se desplomó ruidosamente.

Concentrado nuevamente en mi faena, logré por fin seccionar la mano de Martín.

5

No sé muy bien lo que ocurrió luego. Sólo recuerdo confusamente que salí a la calle aterrorizado y corrí, corrí durante horas en medio de la oscuridad, sin rumbo, sin lucidez, hasta que llegué, sin saber cómo, a mi propio departamento.

Recuerdo muy débilmente que lo primero que observé cuando encendí la luz fue la mano de Martín, crispada, horriblemente blanca, con sus filosas uñas firmemente hundidas en mi brazo. Tuve un sobresalto al observar que llevaba la pulsera de plata. ¿La había vuelto a usar esa noche? ¿Cómo no había reparado en tan significativo hecho? Quise deshacerme de esa ma-

no pero me fue imposible. Mi brazo se había congestionado de tal manera que el menor movimiento de esas uñas clavadas como agujas me provocaba un dolor indescriptible.

Extenuado, afiebrado, enfermo, me tiré así como estaba sobre la cama.

No sé si me dormí o me desvanecí, ni durante cuánto tiempo estuve en ese estado. Tampoco puedo precisar si soñaba o deliraba cuando en un momento dado (tal vez fue ayer, no lo sé) creí despertar. Lo primero que hice fue mirar mi brazo izquierdo. Con sorpresa descubrí que la mano de Martín ya no estaba allí. “Tal vez se aflojó y se desprendió”, pensé. Intrigado, hice un esfuerzo y me incorporé levemente. Entonces la vi. Sé que es muy difícil de creer —por eso sospecho que debió de haber sido un sueño—, pero allí estaba, suave y delicada como siempre, adornada con mi pulsera de plata, más expresiva y amorosa que nunca, reposando tiernamente sobre mi mano derecha, con sus finos dedos ligeramente entrelazados con los míos, como si me acunara en aquel momento de tristeza y absoluta soledad.

Pero repito que eso debió de haber sido un sueño, pues ya no volví a ver esa mano por ninguna parte, lo cual no deja de ser llamativo. También es curioso que mi brazo no presente ahora ninguna lastimadura, ninguna cicatriz, ninguna señal que delate el tremendo desgarramiento a que fue sometido.

Todo es muy confuso, muy irreal. Todo menos esos pasos que se acercan. Creo que son ellos. Sí, no hay duda, se trata de sus lentos y precavidos pasos de siempre. Tengo que esconder este cuaderno. Creo que si vuelvo a la cama lograré convencerlos de que aún sigo durmiendo. Así se irán y me dejarán en paz.

EL CALENDARIO EQUIVOCADO

Quedé conmocionado cuando leí el título en el diario de la tarde: “Se suicidó el pianista Ignacio Falasci”. Era el 26 de julio. Tres días después tuve un rarísimo sueño, pero lo sorprendente fue que cuando desperté hallé sobre la mesa de luz un objeto que se me había entregado en ese sueño. ¿Soñé que recibía ese objeto, o soñaba ahora que lo había recibido en un sueño? La respuesta la tuve ese mismo día (¿soñado?) pocas horas después.

El sueño fue así: A eso de las dos de la madrugada sonó el timbre de mi casa de fin de semana. Sobresaltado, encendí la luz y me levanté cauteloso. No lo reconocí a través de la mirilla; sólo al abrir la puerta me di cuenta de que se trataba de Ignacio.

Lo invité a pasar en voz baja indicándole por señas que no hablara. Me acerqué suavemente al dormitorio para ver si Andrea se había despertado. Con alivio comprobé que dormía. Andrea es la viuda de Ignacio; había querido pasar esa noche en nuestra casa de *El Grosellar* porque la deprimían los recuerdos del departamento céntrico. Iba a entornar la puerta cuando reparé que el velador había quedado encendido. Decidí entonces apagarlo y me acerqué en puntas de pie a la mesa de luz. Fue en ese preciso momento, al mirar hacia la cama de matrimonio, cuando descubrí, con un ligero sobresalto, que el lugar izquierdo de la cama (el que supuestamente acababa de dejar yo al levan-

tarme) estaba ocupado por una presencia humana de angulosa y familiar fisonomía. De no haber estado en mi propia habitación habría jurado que esa cara no era la mía. (Suelo no reconocerme en las fotografías, y a veces hasta me asusto cuando veo a un a un extraño en el espejo). Pero esta vez pude identificarme en seguida. Mi otro yo de la cama estaba profundamente dormido y enfundado en mi propio pijama.

Sentí una casi infantil curiosidad por contemplar la imagen de quien me estaba soñando.

Cuando miré hacia el lado derecho de la cama observé una extraña disociación entre las dos personas que allí dormían. Al principio no pude precisar muy bien lo que ocurría, y me pareció notar, en mi somnolencia, que la cabeza de Andrea era mucho más grande que lo normal. Pero pronto comprendí que las cosas no eran exactamente así. Fue algo semejante a un leve desplazamiento, como la sensación de una casi imperceptible metamorfosis de algunos de mis propios rasgos (los rasgos de mi yo durmiente, del que supuestamente me estaba soñando a mí) lo que me demostró que ella tenía sus naturales y exactas dimensiones. ¡Era yo —en mi versión durmiente— quien se estaba empequeñeciendo! El fenómeno parecía consistir en una vertiginosa regresión a *mi* propio origen biológico.

El movimiento fue muy lento al principio, pero luego comenzó a acelerarse progresivamente. La transmutación se consumaba por suaves y continuos deslizamientos celulares: se iban esfumando mis arrugas, se oscurecieron gradualmente mis canas, mi piel se fue haciendo más tersa y pálida, y fui adelgazando notablemente en tanto el pijama parecía desinflarse lentamente.

No puedo ahora precisar el tiempo que transcurrió, pero debieron de ser minutos, o acaso segundos. Cuando tomé conciencia del extraño proceso, el que me soñaba ya había rejuvenecido varios años y perdido no menos de diez o doce kilogramos de peso. En seguida me hice adolescente, niño y, ya más rápidamente, lactante. Al llegar a esta fase, el pequeño cuerpo había quedado encerrado en el interior del inmenso y casi vacío pijama. Apenas podía verse un insignificante bultito que se agitaba débilmente bajo la tela rayada. Curiosamente, la regresión pareció detenerse.

Alarmado, temí que pudiera asfixiarse. Desprendí entonces dos botones del pijama, tomé el tibio cuerpecito desnudo y lo deposité tiernamente sobre la almohada. Lo vi tan desabrigado que pensé en hacer algo para que no se enfriara, pero antes de intentarlo comprobé que era inútil porque había comenzado a disminuir nuevamente. El proceso continuó hasta quedar esa criatura convertida en un horrible embrión de cuatro o cinco centímetros de longitud, semitransparente y de aspecto gelatinoso, con dos desproporcionados y renegridos globos oculares que se movían agitadamente y un cordón umbilical de lustrosa y escamada piel que se internaba entre las sábanas hacia un nexo desconocido.

Me asusté: seguramente terminaría siendo un espermatozoide. ¿Y qué sucedería después? ¿Llegaría a ver a mi propio padre engendrándome? Ya casi a punto de desaparecer el diminuto ser entre los pliegues ahora húmedos de la almohada, decidí alejarme de allí para poner un coto a la visión. Salí del dormitorio y cerré apresuradamente la puerta. Creí escuchar a través de la madera tenues voces y ahogados sonidos que me resultaron vagamente familiares.

Al regresar a la sala vi que Ignacio aguardaba como petrificado mirando fijamente el teclado amarillento de mi viejo piano *Pleyel*. Me apresuré a cerrar la tapa por temor a que se pusiera a tocar. Murmuré algo sobre lo inapropiado de la hora y lo desafinado que estaba el piano.

Serví café en la cocina y conversamos una pocas palabras. Ignacio me entregó un sobre cerrado de color azul y me rogó que al día siguiente lo pusiera en manos de su esposa. Por supuesto, no le dije que ella estaba en mi dormitorio.

Se despidió en silencio y el sueño se diluyó.

Esa mañana, 29 de julio, me levanté aturdido. Andrea se había ido temprano, sin despertarme, y seguramente ya estaba en el departamento del *Edificio de las Américas*, en el centro de Mar del Plata. Me desconcertó hallar el sobre azul en el mismo lugar en el cual soñé que lo había dejado. Me lo puse en el bolsillo y salí.

Tomé el 553 y me bajé a pocas cuadras del edificio de la calle Córdoba. Al pasar frente a la catedral creí advertir un error en el calendario floral de la plaza San Martín. “Se equivocaron con el nueve”, pensé distraídamente.

Desde allí vi el tumulto. La gente se amontonaba en la esquina, algunos corrían. El tránsito interrumpido y los curiosos que saturaban el lugar me dificultaron el paso. Una vaga intuición me fue anticipando lo que hallaría detrás de esa barrera humana. La gente miraba algo como idiotizada. Una mujer visiblemente alterada se indispuso. Primero vi rojas manchas sobre la vidriera de *La fonte d'oro*: masas finas y medialunas contrastaban deslucidas detrás de aquella cortina sanguinolenta. Rompí con esfuerzo la última fila de curiosos y contemplé finalmente el espectáculo: una masa informe de carne humana yacía despa-

rramada sobre el solado peatonal. El olor a sangre me produjo un leve mareo. Observé el raro contorno de ese cuerpo desarticulado por la terrible caída y me detuve en lo que parecía un tronco humano. La cabeza estaba sugestivamente dirigida hacia mí, totalmente dada vuelta hacia atrás, como si estuviera buscándome entre la muchedumbre. Sus dilatadas pupilas me miraban, su boca entreabierta parecía querer balbucear algo. Al reconocer ese rostro recordé el almanaque de la plaza: “¡El 9 al revés...!”

En ese momento supe lo que estaba sucediendo. No era el 29 de julio sino el 26, y quien yacía en el pavimento era Ignacio que se acababa de arrojar desde el vigésimo piso. Un papel azul, quizás un sobre, asomaba de uno de los bolsillos de su pijama rayado.

Horrorizado, permanecí mirando fijamente esa angulosa fisonomía. Presentí lo que ocurriría de inmediato. Por eso me fui en seguida, para no volver a verme convertido en un espermatozoide.

CINCUENTA MINUTOS PARA MORIR

1

Cuando Heriberto Zamora llegó a la ciudad tailandesa de Ranong lo primero que hizo fue buscar un empleo. Alguien le dijo que en el *Dispensario del Suero Antiofídico* necesitaban un “ponzoñero”, raro oficio que consistía en quitarles el veneno a las cobras para elaborar el antídoto contra la mortal mordedura de esos reptiles.

Gracias a una discreta recomendación del cónsul argentino en Bangkok, de quien Heriberto supo hacerse amigo en tan sólo dos noches de juerga tanguera (y también porque no era fácil conseguir candidatos locales para ese riesgoso trabajo), logró que lo tomaran a prueba. No tardó en aclimatarse a las costumbres locales y en aprender, con pasable fluidez, el idioma monosilábico siamés.

El trabajo era de lo más singular. Todos los días debía manipular a los reptiles cautivos y obligarlos a expulsar su peligrosa ponzoña. Al principio la tarea le resultó complicada, pero con el tiempo fue adquiriendo buena práctica. Había que tomar fuertemente la cabeza de la cobra y hacerla morder un plato metálico sobre el cual el reptil derramaba finos chorritos de veneno que era inmediatamente enviado al laboratorio.

Durante los primeros días había sentido miedo. Se trabajaba con una rara especie de cobra que hacía estragos en las minas de estaño, más peligrosa que la *naja tripudians* (serpiente de anteojos, común en toda Asia) y diez veces más mortífera que la temible *naja haje* de Egipto. Le habían explicado que la mordedura de esa especie provoca la muerte segura a los cincuenta minutos de producida. Había escasos treinta minutos para la aplicación del suero. Superado este tiempo límite, se iniciaba la necrosis de los tejidos próximos a la mordedura con intensos dolores. Una súbita parálisis, acompañada de convulsiones y dificultades respiratorias, se apoderaba progresivamente de la víctima. Durante su aprendizaje había visto con frecuencia a personas que morían por haber llegado demasiado tarde al dispensario. El espectáculo era impresionante: yacían paralizadas con sus cuerpos brincando por los violentos espasmos que despedazaban todos sus órganos internos mientras iban muriendo por asfixia lenta. No había en ellos otro vestigio de vida consciente que la expresividad de sus miradas suplicantes, mirada que hasta los médicos eludían, tal era el horror que reflejaban. Nada se podía hacer por esos infortunados, salvo apresurar piadosamente su inevitable final.

Pero pronto se acostumbró a todo aquello y el peligroso trabajo se le hizo sencillo y rutinario como cualquier otro. La vida en el dispensario era grata. Se trabajaba con comodidad y sobraba el tiempo para conversar y tomar té. Heriberto pasaba horas entreteniéndolo a sus compañeros con imaginarios relatos de la Argentina. Era un muchacho tan sociable y entrador que había seducido a todos: médicos, laboratoristas y personal de servicio quienes se habían hecho amigos de Heriberto y festejaban animadamente cada una de sus ocurrencias.

Sus obligaciones no le impidieron mantener en alto su consolidado *ego* de amante latino: sin contar un par de aventuras circunstanciales, se había dejado conquistar por la doctora Shuan Ty Wong, una médica epidemióloga, divorciada, bastante mayor que él (Heriberto tenía veinticinco años), con quien mantenía una discreta y muy placentera relación sentimental.

2

Una tarde, ya sobre el final de la jornada, el grupo del serpentario festejaba alegremente una de las tantas chacotas de Heriberto cuando inesperadamente una cobra se zafó de su mano y lo mordió levemente debajo de la uña del dedo pulgar. Más que asustado se sintió sorprendido: no podía creer lo que le había sucedido. Nadie notó el movimiento brusco que tuvo que hacer para sujetar a la odiosa serpiente.

“Bueno, bueno, Heriberto —se dijo—, esto era lo único que te faltaba. Y te pasa por no concentrarte en tu trabajo. Menos mal que estoy en el dispensario, me hago dar en seguida una inyección de suero y aquí no ha pasado nada”

Acaso con el propósito de no alarmar innecesariamente a sus compañeros, no se apresuró en comunicar la novedad, total, tenía treinta minutos. Dejó a la cobra en su receptáculo y se lavó prolijamente las manos en el piletón. Los operarios seguían bromeando. Como faltaban diez minutos para las ocho, todos se sentían muy felices y algunos ya se preparaban para retirarse. Heriberto, no obstante hallarse algo preocupado por lo que le había ocurrido, participó de la algazara general mientras se secaba las manos. Luego trató de observar la mordedura. No pudo

ver nada. Estaba justo debajo de la uña, y de no ser por el leve ardor que comenzaba a sentir en el dedo, habría creído que la mordedura no llegó a perforarle la piel.

Algunos se fueron y el bullicio decayó rápidamente. Ya eran las ocho.

—Chicos —dijo Heriberto—, necesito el suero, me mordió una cobra.

Un raro clima de nerviosidad se deslizó por el lugar. El ordenanza detuvo el cansado movimiento del escobillón, dos enfermeros quedaron inmóviles con sus guardapolvos a medio sacar, y varios empleados que ya se aprestaban a salir lo miraron entre incrédulos e importunados. Desde todos los ángulos, inexpresivos ojos oblicuos lo observaban fijamente en medio del repentino silencio. Esta situación duró apenas unos segundos, el tiempo justo en que Heriberto pudo mantener la seriedad de su semblante luchando contra esa estúpida sonrisa nerviosa que empujaba desde dentro y que fatalmente se dibujó en sus labios chacoteros. Instantáneamente se rompió el hechizo y al reanudarse el bochinche comprendió Heriberto que nadie lo había tomado en serio. Algunos le dieron la espalda y otros le tomaron el pelo amistosamente. “¿Así que te mordió una cobra, eh? —bromeó uno de sus compañeros—: Qué destino el del pobre bicho, seguro que esta noche se muere de alguna peste sudamericana”. “¡Llaman al veterinario —gritó otro—, que le den el suero *antigaucho!*”.

La animación con que fueron festejadas estas ocurrencias se diluyó inmediatamente por lo avanzado de la hora. Los más rezagados se preparaban apresuradamente para irse. Heriberto, lejos de sentirse contrariado, disfrutó de la encantadora simpatía de aquellos buenos amigos. “Que macanudos son todos —pen-

só—, jamás conocí gente igual”. Comenzaba a dolerle intensamente toda la mano izquierda.

—A ver, a ver... —dijo con fingida seriedad el doctor Jan Eink simulando examinar la cobra de Heriberto a través del vidrio—; sí, no hay duda, le está dando como... ¡fatiga! ¡Tiene la grave enfermedad del gaucho de las pampas!

La humorada hizo reír de buena gana a Heriberto. Lo divertía todo aquello, pues había sido él quien les enseñara a jaranear y a tomar la vida con sentido del humor. Recién ahora se daba cuenta de cómo había llegado a influir sobre los hábitos de aquellas personas en tan corta convivencia. Pensó orgulloso que quienes habían contraído de él ese “mal gauchesco” eran ellos, “esos taciturnos tintoreros”, y no la cobra.

—Bien, compañeros, basta de joda, fui mordido de verdad por esa cobra. Fue una mordedura leve, justo debajo de la uña, pero el veneno se introdujo de todas maneras y necesito el suero...

Algunos lo miraron con escepticismo, en tanto que los más, extrañamente indiferentes y absortos en sus preparativos, ni siquiera volvieron a prestarle atención.

—Vamos Heriberto —lo reprendió amablemente el doctor Jan Eink—, es tarde para seguir bromeando; además, desde aquella vez en que nos hiciste creer que había una cobra en el inodoro de las mujeres te conocemos y sabemos que serías capaz de cualquier cosa con tal de tomarnos el pelo —miró el reloj—. ¡Las ocho y cinco! ¡Vamos que se nos va el ómnibus!

Jan Eink se retiró apresuradamente y tras él lo hicieron algunos de sus compañeros. Otros cerraban de prisa cajones y armarios. Heriberto sonrió con tolerancia y movió resignadamente la cabeza: “¿Será posible que estos testarudos no me crean?”

—¡Escuchen, tarados, hablo en serio, necesito el suero o moriré dentro de veinte minutos!

Nuevamente lo traicionó esa sonrisa del demonio.

—Lo que pasa es que al argentino lo lleva su novia, por eso no tiene apuro —murmuró por lo bajo Wang To, el ordenanza del primer turno—. Hasta mañana, Heriberto.

—Ha... Hasta mañana... —contestó quedamente Heriberto comenzando a sentir una gran soledad.

En eso lo sorprendió el contacto de dos suaves manos que tomaban tiernamente la suya. La doctora Shuan besó cariñosamente su pulgar y lo examinó cuidadosamente. Heriberto experimentó un súbito alivio. ¡Sabía que alguien lo tomaría en serio!

—Fue aquí, debajo de la uña —se apresuró a indicar muy excitado—, la mano me duele una barbari...

—Heriberto —lo interrumpió su amiga—, tu dedo no tiene nada, no deberías bromear con estas cosas; por un momento llegaste a asustarme.

—Pero...

Sin darle tiempo a reaccionar, la doctora Shuan apretó la mano de Heriberto contra su pecho y lo miró hondamente a los ojos.

—Quiero que me esperes en la guardia —le susurró tiernamente—, pasaré a buscarte no bien termine un informe; esta noche estoy sola, quiero que me acompañes a casa.

Lo besó furtivamente en los labios y abandonó presurosamente la sala. Heriberto, algo perplejo por tan imprevista actitud pero a la vez envuelto en la sugestión de aquella encantadora mujer, se la quedó contemplando hasta que su menuda y bien formada figura desapareció tras la puerta vaivén que comunicaba el serpentario con la galería principal. Por un instante se ol-

vidó de la mordedura y pensó en aquella mujer. Recordó la cálida noche en que ella lo había invitado a caminar por las playas, sobre cuyas arenas todavía calientes la hizo suya por primera vez. Le agradaba la idea de verla esa noche, tal vez irían al cine y luego al departamento de ella, donde le prepararía la cena y lo atendería como sólo las mujeres orientales saben hacerlo. “Bien —se dijo—, eso lo veremos después, ahora tengo que resolver mi problema”.

Heriberto miró el reloj. Calculó que habían pasado veinte minutos desde la mordedura, ¡le quedaban solamente diez! “Bueno, estos tontos no me creen, y ya se han ido casi todos. ¿A qué preocuparme?, voy directamente al botiquín de la salita, donde siempre hay una jeringa preparada y me inyecto yo mismo el suero. ¿Acaso no me instruyeron para esta emergencia? ¡La mierda, como duele!”

3

Se dirigía Heriberto resueltamente hacia la sala de emergencias cuando lo interceptó el jefe del servicio:

—Heriberto, por favor, no se vaya que necesito preguntarle algo.

Lo tomó amigablemente por un brazo y trató de conducirlo hacia su oficina. Heriberto estuvo a punto de decirle lo que le estaba sucediendo, pero el jefe hablaba continuamente y no le dio oportunidad. Buena persona el jefe, pensó, lástima que siempre monologaba y no escuchaba lo que tenían que decir los demás.

Cuando el jefe hizo una brevísima pausa para respirar, Heriberto intentó, prestamente, hablarle de la mordedura, pero ya

aquél había reanudado su monótona alocución. Hablaba de cosas del trabajo, como siempre, como si el mundo se terminara detrás de aquellas azulejadas paredes. Heriberto le decía que sí con exagerados movimientos de cabeza cual si entendiera lo que oía y con intención de apresurar la inoportuna charla. “Ahora lo interrumpo y le cuento lo que me sucedió; va a correr en mi ayuda”. Pero todo era inútil, el jefe no dejaba de parlotear y Heriberto no se atrevía a interrumpirlo. Nerviosamente pero con mucho disimulo, porque no era cuestión de pasar por mal educado, atisbó su reloj pulsera y, sobresaltado por la hora, decidió que era mejor actuar por su propia cuenta ahorrando explicaciones que agravarían la situación. Tímidamente interrumpió a su jefe:

—E... espere, doctor, tengo que ir...

—No, no; es sólo un minuto Heriberto, ¡caramba!, aún no terminé de explicarle el plan de extracciones para mañana. Venga, mejor vamos a mi oficina.

—Es que...

—Ah, y no se preocupe por la hora, después lo llevo a su hotel. Si a esa pocilga se la puede llamar hotel; tiene que cambiar de alojamiento, Heriberto... ya le dije que yo puedo ayudarlo...

El jefe lo arrastró unos pasos. Desesperado, Heriberto le dijo:

—Doctor... tengo que inocularme el suero, me mordió...

—Venga conmigo, Heriberto, de paso nos tomamos un aperitivo. ¿Cómo andan sus cosas, bien?, me alegro, un día de estos vamos a charlar tranquilos.

Al principio Heriberto se resistió respetuosamente, pero viendo que su jefe no cesaba de hablar y de arrastrarlo hacia su despacho, se desprendió bruscamente de él.

—¡Por favor, doctor, no me haga perder más tiempo! — gritó en castellano pues su excitación no le permitía coordinar las complejas sílabas de la lengua tai.

El jefe, con visible fastidio, lo miró correr hacia el otro extremo del serpentario. Se encogió de hombros y se metió en su despacho.

Heriberto abrió con violencia la puerta vaivén de la sala de emergencias. Le quedaban cuatro minutos. “¡Dios mío, cómo pudo pasarme esto!”. Un sudor helado corrió por su espalda. Llegó precipitadamente al botiquín, intentó abrirlo pero descubrió con horror que estaba cerrado con llave. Probó desordenadamente con algunas llaves que tenía consigo: nada. ¡El cortaplumas! Hizo palanca pero la hoja se partió ruidosamente. Desesperado, volvió a la sala del serpentario. Miró con angustia las sillas vacías y los guardapolvos colgados en los percheros. Solamente quedaban dos empleados rezagados que ya se iban. Les gritó:

—¡El botiquín! ¡Quién tiene las llaves del botiquín!

Los dos operarios lo miraron con desgano; no había peor cosa que un imprevisto los demorara al momento de irse.

—Se robaban las aspirinas...—explicó uno.

—¡Pero dónde están las llaves! —gritó Heriberto con voz ahogada.

—Las tiene Teng —le informaron esquivos—, pero ya se fue.

A Heriberto le pareció absurdo que aquellos buenos amigos suyos no advirtieran su conmoción. Vio como en sueños a las dos figuras que abandonaban el lugar. Todo quedó en absoluto silencio. Sintió que su cuerpo se entumecía repentinamente. A punto de perder el equilibrio se dejó caer en un sillón próximo.

Miró el gran reloj de la sala y vio que el tiempo se había agotado. Aterrorizado, quiso gritar pero ningún sonido salió de su garganta. La parálisis había comenzado. Se asió a una última esperanza: tal vez pasaría por allí el médico de guardia (¡siempre lo hacía a esa hora!). Recordó que en algunos casos de mordeduras leves el tiempo para iniciar el tratamiento se puede prolongar algunos minutos. Debió hacer un esfuerzo con los músculos ya rígidos de sus ojos para volver a mirar el reloj: le quedaban diez o quince minutos de vida. Desde su retrato colgado debajo del reloj el rey de Tailandia, Bhumibol Adulyadej lo miraba serio y desdeñoso. La visión algo turbia y la sensación de incipientes contracciones en la zona abdominal le permitieron conjeturar que si el médico de guardia no llegaba en uno o dos minutos, su muerte, tras una horrible agonía, sería inexorable.

La puerta de la sala se abrió. Instintivamente quiso incorporarse pero estaba como clavado al sillón. “¡El doctor Lon Tieu, gracias a Dios!”. El médico entró en la sala. Heriberto habría jurado que éste lo vio, que lo venía mirando desde lejos, pero pasó junto al sillón sin detenerse, aparentemente sin advertir su presencia; o como sí, habiéndolo visto allí reclinado, hubiera pensado que Heriberto estaba simplemente descansando. Impotente, oyó los pasos del médico que se alejaban y perdió el conocimiento.

4

Atroces dolores lo despertaron súbitamente. Estaba acostado y le habían colocado un respirador. Su cuerpo se sacudía en terribles contracciones que lo hacían saltar en la cama: era como si

veinte puños lo golpearan simultáneamente cada segundo en el pecho, en el hígado, en los riñones, en el estómago. Sin poder gritar ni moverse, sentía que sus entrañas se desintegraban. Varias personas vestidas de blanco se movían agitadamente a su alrededor. No podía distinguir las porque ninguna de ellas lo miraba a los ojos. Una de esas personas llenaba nerviosamente una jeringa hipodérmica. “¡El suero, por fin...!”

Heriberto no estaba en condiciones de pensar y menos de sobresaltarse, además en ese estado no podía estar seguro de nada, pero le había parecido entrever una llamativa etiqueta roja en el envase. Y él recordaba muy bien que el suero no lleva etiqueta roja. Lo inyectaron. Sintió de inmediato un sorprendente alivio. Cesaron los espasmos y los terribles dolores. Le retiraron el respirador; ahora todos lo miraban a los ojos. Ella estaba allí, y lloraba. Heriberto se sintió feliz, inmensamente feliz, mientras los sonidos se atenuaban y las luces del techo se iban apagando poco a poco.

LA MUJER DE LOS OJOS TORNADIZOS

1. Un extraño reencuentro

Una tarde de 1976 un señor canoso de anteojos abrió suavemente la puerta de mi estudio jurídico y asomó su cabeza sonriente.

—Salud, mi estimado colega; supongo que no te habrás olvidado de mí...

—¡Germán, no lo puedo creer! —exclamé al reconocerlo—; Volviste al pago...

El señor canoso era Germán Aliaga, un antiguo amigo, escritor, a quien no había visto en más de veinte años. Sentí al instante la caricia de lejanos recuerdo de mi adolescencia, y hasta llegué a percibir, con asombrosa nitidez, el fresco aroma de aquellas épocas juveniles cuyas noches consumíamos en interminables charlas sobre literatura y política.

Habíamos sido entrañables e inseparables, hasta que una implacable madurez se empeñó en distanciarnos. Él se fue a vivir a Buenos Aires (quería publicar y ser famoso) y yo, menos audaz —o más “centrado”, como dicen las viejas— me quedé en Villa Carlos Paz donde me instalé y me acredité como abogado. Pasó el tiempo y un buen día vi con sorpresa —y también con cierta punzada de envidia— su nombre escrito en la tapa de un

libro. Con los años me fui acostumbrando a encontrar en las librerías algún nuevo libro suyo, aunque nunca compré ni leí ninguno.

Cuando me visitó aquella tarde los dos pasábamos levemente de los cuarenta y cinco años. Noté que estaba intranquilo, como si lo agobiara alguna preocupación. Hablábamos ya animadamente cuando esa perturbación se fue haciendo cada vez más notable.

Comencé a sospechar que su visita no se debía al solo placer de un reencuentro prescindible. Enseguida agotamos las cortesías: ¿Cómo van tus cosas? ¿Te casaste? ¿Vos también? ¿Hijos...? ¿No?, igual que yo. Mi esposa también es abogada. Pero mirá vos... Y se produjo el esperable silencio. Le pregunté sin vueltas: ¿Qué te anda pasando, hermano? Me miró indeciso, quedó callado unos segundos y suspiró.

—Mirá, Enrique, no sé como decírtelo...; me ocurrió algo...; fue una cosa insólita, tan fuera de lo común... que me acordé de vos...

—Bueno, me siento muy halagado —dije en tono de broma como para aflojar un poco el nerviosismo—. ¡Después de veinte años te acordaste de mí porque te ocurrió algo fuera de lo común!

Germán forzó una sonrisa.

—No, no quise decir eso; te aseguro que siempre te recuerdo sin necesidad de que me pasen cosas raras. Sólo que esta vez fuiste la única persona en la que pude pensar...

Experimenté curiosidad e inquietud al mismo tiempo. Germán siguió hablando:

—No sé si sabrás que sigo escribiendo —sonrió pudorosamente—; y vos también, supongo...

Asentí con la cabeza.

—Tal como lo hacíamos en los viejos tiempos —prosiguió—; ¿Te acordás del taller literario del Ateneo? Nuestras cotidianas visitas a Juan Filloy ¡Qué épocas! Bueno, he publicado algunos libros; qué sé yo, creo que no me ha ido del todo mal; vos sabés que es más cuestión de suerte que de talento, y en Buenos Aires tenés todas las posibilidades...

Quería hablarme de su relativo éxito evitando alardes que pudieran lastimarme. Lo ayudé inmediatamente.

—Por supuesto —respondí fingiendo un interés que en verdad no sentía—, acabo de ver un libro tuyo recientemente editado, creo que se llama...

—*Historias de amor y fracaso* —se apresuró a decir—. Precisamente con ese libro comenzó todo. Estuve trabajando en él más de un año. Se trata de un conjunto de cuentos en los cuales intenté combinar lo ingenuamente romántico con lo erótico, lo psicológico con lo fantástico, elementos todos ellos que actúan en forma simultánea y en planos superpuestos, como los acordes y el contrapunto en la música. Sobre los temas de estas narraciones no hay mucho que decir: algunos nacieron exclusivamente de mi imaginación, pero otros fueron tomados con bastante fidelidad de antiguos recuerdos personales, vos sabés, mis relaciones con Adriana, (¿te acordás de Adriana?), mi atormentado romance con Estefanía, en fin, recuerdos tiernos y a la vez desgarradores de mis épocas de soltero. Sobre esas simplezas tejí complejos armazones donde el sexo, la locura y el fracaso se encadenan caprichosa y absurdamente. Antes de mandarlo a la imprenta le hice leer el original a mi esposa para que me diera su opinión... Mirá, Enrique... ¡para qué lo habré hecho! Ahí comenzó todo.

—Ya sé —exclamé tentado de risa—, no me digas más nada, tu esposa no soportó la descripción de las ardientes escenas de amor que viviste con otras mujeres en el pasado; ¿a qué escritor no le ha ocurrido eso?

—No, Enrique, no fue así, y eso es lo paradójico. Ella leyó los doce primeros cuentos sin ningún problema. Te digo más, a medida que los iba leyendo me preguntaba divertida (es una mujer inteligente) si tal historia o aquella otra eran verídicas, ya que creía adivinar mi identidad tras el nombre ficticio de algunos enamoradizos y angustiados personajes. Hasta aquí todo ocurrió normalmente. Pero cuando llegó al último cuento titulado *Una noche muy especial*, reaccionó de una manera espantosa. Se puso loca. Me gritó, me exigió explicaciones ridículas sobre lo que había escrito. Sentí pánico. Si hubieras visto la expresión de sus ojos...

—¿Por qué reaccionó así? —pregunté.

—No me lo dijo con claridad, creo que pensó que la historia era verídica y reciente... y que los hechos narrados habían ocurrido a espaldas de nuestro matrimonio.

—¿Pero no eran recuerdos del pasado?

—Ni siquiera eso. En algunos cuentos anteriores, sí, pero en este último no. Allí yo describo en primera persona las extrañas circunstancias de una relación íntima con una compañera de trabajo, relación que te aseguro jamás existió, ni ahora ni en el pasado. Simplemente se trató de un sueño, alimentado quizás, no te digo que no, por algún recóndito deseo inconsciente, pero sueño al fin. Todo lo soñé una noche como se sueñan tantos disparates, aunque esa vez las imágenes soñadas fueron de una intensidad demoledora. Por eso me sirvieron de inspiración, de

idea global. Se lo juré, pero no parecía entender lo que yo le explicaba. Estaba loca, loca...

Germán hizo una pausa. Lo contemplé en silencio... y con escepticismo.

—A raíz de aquel incidente —continuó— la salud de mi esposa fue decayendo hasta que tuve que internarla con un cuadro depresivo profundo. Se recuperó, a Dios gracias. Pero mirá lo que pasó. Estando la pobre convaleciente venció el plazo para la entrega del original a la editorial y tuve que apresurarme a cumplir el compromiso. Por supuesto que antes de hacerlo suprimí de la carpeta el cuento número trece y lo guardé con la idea de publicarlo en una ocasión más propicia. Pasó el tiempo, el libro se editó y ella se fue rehabilitando poco a poco. Hicimos un viaje, planeamos cosas para el futuro, hablamos de nuestros sentimientos como no lo habíamos hecho en diez años, y por primera vez me sentí verdaderamente amado por mi esposa. No habíamos vuelto a mencionar el cuento que la enfermó, y yo ya casi me había olvidado del episodio, hasta que anoche volvió a suceder. Estaba ella ordenando mi escritorio cuando encontró en uno de los cajones el desdichado original. ¿Y qué crees que ocurrió? ¡Me hizo una escena similar a la anterior! Cuando le recriminé «¡Otra vez con lo mismo!», me contestó que nunca antes había leído esa historia, y hasta me acusó de querer hacerla pasar por loca. ¿Te das cuenta, Enrique? Está otra vez en un estado lamentable. Tal vez haya que internarla nuevamente, no sé, estoy tan desmoralizado...

Calló. Sus ojos se habían enrojecido. Se lo veía deprimido y avejentado. Aproveché la pausa para servir un *whisky* sin hacer ningún comentario. No se por qué, pero me contagiaba su aba-

timiento. Fue entonces cuando comencé a sentir un tonto deseo de huir de allí, como si presintiera la inminencia de un peligro.

Germán reanudó la conversación.

—Me pasé la noche leyendo y releendo ese maldito cuento. Quizás de tanto leerlo he comenzado a poner en duda si verdaderamente viví o no lo que narro allí. Creo que yo también voy a terminar enfermo. Amanecía cuando quemé el original y todas sus copias.

—¡Quemaste el cuento! —exclamé azorado.

—Así es —respondió tristemente.

—Pero Germán, jamás debiste hacer eso.

—Está bien, Enrique, ¿pero qué querés?, no pude controlarme.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Sin embargo, con la tonta idea de salvar algo decidí venir a verte. Tomé el primer avión que salía para Córdoba y aquí estoy...

—No te entiendo.

—Te voy a explicar. Esta mañana salí a caminar para despejarme un poco. No podía dejar de pensar en el trabajo que había destruido; fue algo desgarrador, como podrás imaginar. En eso me acordé del antiguo amigo escritor que de joven solía demostrar una envidiable capacidad para recrear cualquier tema o idea que escuchaba o leía.

—¿Te referís a mí?

—Ahá —dijo con una leve sonrisa—. Más de una vez te dije cuánto hubiera deseado tener tu aguda facultad de observación, tu talento para encontrar ideas en las cosas más triviales e insignificantes.

Escuché estos elogios complacido. Sabía que exageraba, pero era sincero y algo de cierto había en lo que decía.

—Decidí venir a verte y proponerte lo siguiente: yo te relato la historia, y vos, si sentís que vale la pena, si te atrapa, la escribís.

—¿Qué cosa...? —pregunté estupefacto.

—Yo te cuento los hechos y vos tomás apuntes. Lo que oigas será casi idéntico a lo escrito. Deseo, por supuesto, que apliques tu lenguaje y tu propio estilo para que la obra sea exclusivamente tuya.

—¿Y cuál es tu interés en que hagamos esto? —pregunté extrañado.

—No lo sé exactamente —vaciló, parecía buscar las palabras—; reconozco que fue más un impulso que una acción consciente. Tal vez por esa idea de salvar algo de la narración, como te dije antes... Pero... creo que puede ser de interés para vos.

Traté de explicarle que la idea, desde el punto de vista literario, era descabellada. Vos sabés, Germán, que lo menos importante de un cuento o de una novela es su argumento. Sí, lo sé. ¿Entonces? Es que en este caso, Enrique, sería el argumento de un escritor desarrollado por otro escritor, una fórmula inédita. Sonreí, ni un aficionado habría propuesto semejante absurdo. Insistí: Germán, en el instante mismo en que yo escriba el primer borrador de tu narración, todos aquellos elementos esenciales e intransferibles de todo creador, la psicología de los personajes, los símbolos, el clima, se perderían y, como diría Sábato, serían reemplazados por mis propios fantasmas... Eso, justamente, eso es lo que quiero, Enrique.

Hubiera deseado que la discusión literaria no se agotara: sabía que la desviación era artificiosa porque yo estaba derrota-

do de antemano. Temor y curiosidad era lo que sentía, como si intuyera la existencia de una trampa y al mismo tiempo me fascinara la idea de caer en ella. Acepté finalmente la experiencia. Razoné que Germán necesitaba desahogar sus angustias con alguien y que había inventado una manera ingeniosa para despertar mi interés.

Respiró aliviado cuando le dije que sí. Tomé con desgano un cuaderno de apuntes y un pequeño grabador. Inició su relato en forma pausada, como si intentara recuperar una a una las frases trabajadas y sometidas a la hoguera.

Una advertencia: hubo diálogos entre él y yo que interrumpieron y matizaron la prolongada exposición. En ese momento no me di cuenta de la importancia que esos coloquios tenían, y solamente dos años más tarde descubrí que formaban parte de la historia misma.

2. El relato de Germán

—No sé que opinión tendrás vos acerca de los sueños como materia literaria —comenzó diciendo Germán—. En lo que a mí respecta, jamás creí que ninguna de mis pesadillas fuese digna de ser escrita. Sin embargo, cuando tuve aquel sueño sentí el impulso irresistible de escribirlo. Es que en un intolerable momento, los sucesos e imágenes que lo conformaron, traspusieron sus propias fronteras para invadir atterradoramente el ámbito de la realidad.

“Los acontecimientos que vas a escuchar ocurrieron en una isla del Tigre, un sábado entre las cuatro y las cin-

co de la madrugada. Fue hace dos años; estábamos en pleno invierno. Esa noche me había acostado con un raro cansancio. Me sentía intensamente abatido. Mi esposa estaba de viaje (había venido justamente a Córdoba, por razones de trabajo), y esa circunstancia debió de influir en mi estado de ánimo. Finalmente me dormí. Entré en un sueño intranquilo, recargado de centelleantes imágenes. Recuerdo que desperté en dos o tres oportunidades y que tuve ambiguas pesadillas relacionadas con la muerte. En una de ellas, una persona con la cara borrosa me comunicaba que una antigua compañera de trabajo de la editorial llamada Julia Rilac, se había suicidado. Desperté angustiado. Comencé a dar vueltas en la cama hasta que volví a dormirme. En seguida presencié una secuencia de imágenes relacionadas con el sepelio de Julia: multitud de personas sin rostro que alababan la belleza de la muerta, cirios ardientes, rosas rojas y jazmines distribuidas por las exornadas paredes del inmenso y abovedado recinto funerario, música gregoriana con órgano y voces corales (“Liberame Domine / de morte eterna...”) y una suave neblina con penetrante aroma de incienso. Una elegante alfombra roja bordeada por simétricas hileras de reclinatorios de madera (como en una iglesia), conducía rectamente hacia el blanco ataúd ubicado bajo una gigantesca araña de finos y luminosos cristales. Cuando traté de acercarme a Julia advertí con horror que un impresionante lobo o perro negro gigantesco, sujeto mediante una cadena a una de las manijas del féretro, iba tirando trabajosamente de su preciosa carga mortuoria con el evidente propósito de llevársela de allí. El animal amedrentaba,

con arremetidas y dentelladas, a cualquiera que se acercara. La visión de ese grotesco espectáculo me acongojó hasta las lágrimas. Desperté sollozando. Me sentí ridículo por esto, y más ridículo todavía al notar que, aún despierto, conservaba rastros de rencor hacia la odiosa bestia. Encendí la luz y me senté en la cama. Vi que eran las cuatro de la madrugada. Con la idea de despejarme un poco me levanté para tomar un vaso de agua en la cocina.

“Adormilado y tambaleante salí del dormitorio, atravesé torpemente la sala que se hallaba a oscuras y llegué a la cocina que está en el otro extremo de la vieja casa.

“Recuerdo que al abrir la puerta de la cocina sentí el aire fresco en pleno rostro, detalle realista digno de ser tenido en cuenta a la hora de juzgar objetivamente los hechos. La cocina es de grandes dimensiones y, como en muchas casas antiguas mal proyectadas, la llave de la luz se encuentra justo detrás de la puerta, del lado de las bisagras, lugar de lo más incómodo hacia donde me dirigí a tientas en medio de una oscuridad total. Sentí un miedo repentino. Algo indeterminado me decía que no estaba solo. Encendí la luz sin atreverme a mirar hacia atrás, manteniendo mi cara casi pegada al interruptor, con la frente apoyada sobre la fría pared, indeciso, paralizado, casi aterrorizado. No se oía nada, ni el más leve suspiro. Sin embargo sabía que alguien detrás de mí, tenía sus ojos clavados en mi nuca. Me di vuelta de un salto.

“Había efectivamente alguien en la cocina, pero no era lo que yo había temido. Se trataba de una mujer joven de bellísimas facciones, completamente desnuda que

me observaba inmóvil y silenciosa sentada sobre la mesa de la cocina. No tardé en reconocerla: era Julia Rilac”.

—¿Julia Rilac, la del sueño? —pregunté.

—La misma. Ponete en mi lugar, Enrique, ¿qué habrías hecho vos? Intenté recuperar mi serenidad:

“Razoné que no era posible ni lógico que ella estuviera realmente allí; en primer lugar porque no conocía mi paradero (yo estaba pasando unos días en la vieja casa de fin de semana de mis suegros, en un lugar muy apartado, silvestre y casi inhallable), y aunque lo hubiera averiguado y hubiese podido llegar hasta allí, no se justificaba que se presentara de esa manera subrepticia, a esa hora de la madrugada, y para colmo totalmente desprovista de ropa, ¡y en pleno agosto, con una temperatura bajísima!; y en segundo lugar, aun cuando hubiese tenido un motivo aceptable para presentarse en mi casa a esa hora y desnuda, ¿cómo hizo para entrar si todas las puertas estaban cerradas con llave? No, no era racional todo aquello. Mi conclusión no admitía la menor duda. Había una sola y excluyente explicación: seguramente yo no había despertado, como creía, y seguía durmiendo en mi cama, soñando que estaba en la cocina con el fantasma de Julia; o acaso, ¿por qué no?, me hallaba en la cocina, pero dormido, en el estado crepuscular de los sonámbulos. Sí, seguramente se trataba de algo de eso. Julia no había hecho todavía el menor movimiento. Parecía una estatua de perturbadora belleza. Me acerqué a ella cautamente y le pregunté en voz susu-

rrante: ¿Qué estás haciendo aquí, Julia? Ella sonrió, lo cual me tranquilizó porque eso ponía en evidencia que no se trataba de una imagen fija. «Necesitaba hablar con usted, por eso vine», dijo en tono casi suplicante; «por favor, tengo tantas cosas que decirle...»

“Se bajó de la mesa y se paró frente a mí. No pude menos que contemplar con admiración ese cuerpo casi perfecto. Era curioso lo que me había sucedido con aquella chica. Hasta el día anterior había existido entre nosotros una extraña amistad de indefinidos contornos. Nuestro trato cotidiano navegaba sutilmente entre un flirteo inocente y un respeto no exento de cierta recíproca admiración. Admito que siempre me había sentido tiernamente atraído hacia ella, pero nunca había pensado seriamente en la posibilidad de seducirla. Trabajando cada cual en su escritorio, nuestras miradas solían cruzarse ocasionalmente. Yo, sin proponérmelo conscientemente, dedicaba buena parte de mi tiempo a observarla. Me atraían sus mohines, sus nunca bruscos gestos, su mirada melancólica que contrastaba con su temperamento alegre. Había en ella detalles de exquisito refinamiento espiritual que delataban a un ser humano sumamente complejo y diferente del común de las personas...”

Hizo una pausa y me miró con fijeza. Se produjo un corto silencio.

—Germán, ¿existe Julia Rilac? —pregunté.

Pareció sorprenderse y hasta juraría que por un instante vi una sombra de rencor en sus ojos.

—Sí... sí, claro, ella existe tal como te la describí. En ese entonces tenía novio y estaba a punto de casarse. Pero lo que te estoy contando no ocurrió más que en aquel sueño. Ella... en la vida real... pero esa es otra cuestión que no viene al caso.

—¿Por qué, Germán? —pregunté súbitamente interesado—
¿Qué fue lo que ocurrió?

—Era una chica con problemas. Cometió errores...

—¿Se casó? —lo interrumpí bruscamente.

—Sí; pero, ¿para qué hablar de eso?

—No sé —contesté procurando disimular mi curiosidad—, me pareció que querías hacerlo.

Vaciló. Miró el piso por unos segundos.

—Mirá, Enrique— dijo por fin—, vos sabés que a las mujeres les interesa más el matrimonio que el amor. ¿Es posible que una mujer equilibrada, joven y atractiva se case con un hombre a quien no ama, y lo que es peor, estando enamorada de otro hombre? ¡Claro que es posible, ellas actúan así!

Había un gran resentimiento en el tono de su voz. Traté de diluir un poco esa espesa hiel.

—Me parece que estás exagerando.

—¿Exagerando? Mirá, yo he aprendido algo sobre eso. De cuantas mujeres amé en mi vida, y de cuantas dijeron amarme, nunca supe cual de ellas fue sincera. Pero por supuesto que yo no encajo en la serie de los hombres matrimoniales. Yo pertenezco más bien a esa categoría de juguetes de lujo que toda mujer (sobre todo si es casada y tiene dinero) fantasea poseer en la clandestinidad: un amante poeta. Vos y yo pertenecemos a esa clase, Enrique; y no me digas que nunca fuiste el juguete de una mujer aburrida, insatisfecha, sedienta de los arrebatos de tipos apasionados como nosotros.

Asentí con una sonrisa vanidosa; en eso tenía razón.

—Pues bien —prosiguió—, con nosotros ninguna mujer aspira a casarse, salvo aquéllas que no nos han visto como realmente somos, sin ir más lejos, nuestras pobres esposas. Las otras no desean, nos asedian, pero no nos quieren como maridos ni como amantes exclusivos, sólo desean jugar a los sueños, a los amantes furtivos y al encantamiento de saberse amadas y poseídas por un hombre de refinada sensibilidad. Hasta que se cansan del juguete y lo abandonan.

Sonrió como desahogado. Se recostó lánguidamente y bebió en silencio un largo trago de *whisky*. Yo permanecí callado observándolo.

—Decime, Enrique —me apremió—, ¿es o no es así? ¿Estoy tan equivocado?

—Mirá, no te voy a negar que en cierto modo es así como vos lo decís —opiné contemporizador—; por supuesto que la mujer tiende siempre a formar un hogar, a crear una familia, y ese impulso puede llevarla a cometer excesos, pero nosotros también buscamos la comodidad y el remanso del hogar. El amor pasional es lo que menos interviene en la formación de las parejas estables. Lo que te quiero decir es que la culpa no es solamente de ellas. La sociedad insiste en que actuemos así. Con respecto a lo otro, bueno... yo también he sido juguete de mujeres aburridas, y tal vez me entusiasmé con alguna más de lo debido. Pero a mí no me pareció tan terrible, y en todo momento acepté las ingratas reglas del juego. Prefería verlo desde el lado bueno. Para mí ser el poeta soñado (romántico y un poco femenino, como les gusta a ellas) me resultó siempre halagador y divertido, sobre todo cuando entre muchas aspirantes yo me permitía seleccionar a la que jugaría conmigo. Desde ya que he

sufrido mucho, porque no se hacen estas cosas sin pagar un precio alto, pero mientras duraba te aseguro que ellas y yo lo pasábamos bien.

—Si, ya sé, siempre fuiste mujeriego —sonrió—. ¿Y todavía te dedicas a la joda?

—No, por favor, hace mucho tiempo que me retiré de esos pasatiempos. La última experiencia estuvo a punto de hacerme perder la cabeza, y a partir de entonces dije chau...

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó Germán con repentino interés.

—Era una mujer casada (nunca conocí a su esposo) de la cual, para mi propia sorpresa, me enamoré como un adolescente. La conocí en Buenos Aires, trabajaba en el mismo estudio jurídico del cual yo era representante en Córdoba. Ahí tenés vos un caso en el cual, a pesar de mis sentimientos, yo supe aceptar la realidad en medio de los sueños. Me ocurrió algo increíble con esta mujer... ahí tenés, toda una trama para un cuento...

—Por favor, Enrique, contame esa historia. Después sigo con la mía.

3. Mi propio relato

Me dejé convencer, tal vez porque necesitaba sacarme de adentro algo que, por vergüenza o porque ya no me van quedando amigos que estén dispuestos a escuchar mis problemas, nunca había contado a nadie.

“Era víspera del día de la Primavera; y como buen romántico, se me ocurrió que debía tener sendas

atenciones con mi esposa y con esta chica, llamémosla Graciela. Encargué entonces para cada una de ellas un bellissimo ramo de rosas rojas que serían entregados el mismo 21 de septiembre por la mañana.

“Mi esposa tenía programado almorzar ese día en la casa de sus padres. Iría con dos pequeños sobrinos cuyos padres estaban de viaje. Yo puse pretextos para no ir. La idea era ésta: le enviaría las rosas al domicilio de mis suegros, tal como lo había hecho por única vez diez años atrás, al poco tiempo de habernos conocido. La tarjeta no llevaría texto alguno, salvo su nombre y apellido de soltera.

“Con regocijo imaginé lo que ocurriría al día siguiente. Ella estaría esa mañana chismorreando con su madre en la cocina mientras ambas preparaban la comida. De pronto llaman a la puerta; la madre secándose nerviosamente las manos con su delantal mientras sale de la cocina para ver quién es; un instante de silencio; el ruido de la puerta de calle que se cierra nuevamente y la anciana que regresa agitada y con una expresión de gran asombro en su rostro llevando en sus manos un ramo de rosas rojas elegantemente envueltas en papel celofán.

“Ah, otro detalle que olvidaba mencionar: el obsequio tampoco indicaría remitente, y esa deliberada omisión contribuiría a ensanchar la atmósfera de encanto que me proponía crear, pues si bien ella no tendría dudas respecto de la procedencia del envío, tal certidumbre no le impediría disfrutar de las re-

verberaciones mágicas y halagadoras de ese pequeño y aparente misterio.

“Por rara coincidencia, a Graciela también debí enviarle las rosas a la casa de su madre, con su nombre de soltera y sin texto ni remitente. Pero en Buenos Aires, porque ella y su madre viven allí. Claro, las razones fueron otras: por ser Graciela una mujer casada, debía proceder con toda discreción.

“¿Qué querés que te diga de Graciela que no lo hayas adivinado ya? Ella fue uno de los tantos absurdos que conformaron mi existencia; uno de esos sueños sin salida que si algo de grandeza tienen es precisamente su irrealidad, su absoluto y poético desprecio por el culto del mañana, ese culto alimentado de egoísmos pequeños que hace del amor tan sólo un medio y no un fin en sí mismo.

“Ni ella ni yo pensábamos en el futuro; y en esa indiferencia ante el tiempo, en ese desdén por la realidad, centrábase todo lo bueno y puro de nuestra relación. ¿Qué más he de decirte? ¿Qué nos comprendíamos, que nos sentíamos dichosos y menos solitarios cuando estábamos juntos? ¿Qué esperanza! Sufríamos atrocemente, sentíamos el vacío de hablarnos y no entendernos, de hacernos el amor y no poseernos en realidad; padecíamos la indecible pesadilla de estar con nuestra pareja y pensar en el otro, y estar con el otro y pensar en nuestra pareja; sentíamos la mortificación de nuestra deslealtad, de nuestra perpetua mentira, de haber aprendido con tanta facilidad el inicuo arte de la simulación. Sólo el sexo parecía tener

significación honda para nosotros, y a su goce nos entregábamos con desenfreno, pero todo era engañoso y aparente pues ni aún en medio del más ardoroso éxtasis lográbamos aproximarnos a ese ideal de absolutidad que ilusoriamente parecíamos buscar; y cuando la intensa voluptuosidad nos hacía creer que estábamos por alcanzarlo, todo había concluido ya, y nos encontrábamos abrazados en silencio, compartiendo una misma soledad, una misma desilusión, un mismo espantoso fracaso. Nos mirábamos entonces a los ojos y era inútil que ensayáramos una sonrisa amable o algunas tiernas palabras: no podíamos soportarnos. Y como siempre, nos despedíamos casi con impaciencia, con una rara mezcla de alivio y tristeza, como si en el fondo de cada uno de nosotros anheláramos la posibilidad liberadora de que todo aquello hubiese llegado a su fin.

“Pero al otro día nos extrañábamos terriblemente y una obsesiva necesidad de volver a vernos se tornaba casi intolerable. Todo comenzaba entonces de nuevo: la incomunicación, el sexo, las íntimas desilusiones y los adioses que parecen definitivos y resultan pasajeros.

“Sin sospechar lo que ocurriría más tarde, me sentí verdaderamente feliz cuando hice los dos encargos en la florería. Tanto mi esposa como Graciela eran demasiado importantes para mí. Se dijera que toda mi vida estaba justificada en la existencia de estas dos mujeres adorables.

“A la mañana siguiente mi esposa salió temprano con los dos chicos y yo quedé solo, haciendo algunas reparaciones en la casa. Hacia el mediodía sonó el teléfono. Yo estaba atento a esa llamada; sabía que era de mi esposa, pues Graciela jamás me llamaba a casa.

“—Hola, ¿Enrique?, soy yo. Escuchame —su voz me sonó áspera, desagradable—, ¿por qué me mandaste las flores aquí? ¿Ahora cómo hago para llevarlas a casa, en el ómnibus, cargada como ando... y con mis sobrinos a cuestas?

“—¿Te... te gustaron? —atiné a preguntar confundido.

“—¿Qué pasó —preguntó en un tono ahora jovial, como si se esforzara en atenuar su mala onda inicial—, te las cobraban más caras por entregarlas en casa? Bueno, Enrique, están muy lindas las rosas; hasta luego.

“Quedé aplastado. Había esperado de mi esposa toda una aparatosa exteriorización de agradecimiento y a cambio recibía un vulgar reproche por obligarla a viajar cargada con un molesto paquete de rosas. Casi lloro de la rabia que sentí. Pensé entonces en Graciela. Me quedaba al menos la ilusión de que ella apreciaría y agradecería mejor mi obsequio. Pero eso lo sabría al día siguiente, cuando nos encontráramos en el estudio como lo hacíamos todos los primeros lunes de cada mes que era cuando yo viajaba a la Capital para rendir mis informes.

“El resto de la tarde lo pasé con el pensamiento refugiado en Graciela, imaginando que en esos momentos estaría ella disfrutando del secreto deleite que yo le había proporcionado.

“Al día siguiente viajé a Buenos Aires y nos sentamos juntos en el elegante salón de reuniones. Cosa curiosa, no me hizo ningún comentario sobre mi obsequio. La situación era muy extraña, pues además de ese incomprensible silencio, su conducta no era la habitual, la noté rara, con una expresión distinta en sus ojos. No es que se comportara conmigo menos amablemente que otras veces, todo lo contrario, hasta parecía más tierna, más comunicativa; sólo que mi especial sensibilidad captaba en ella algo así como una cierta actitud huidiza, como de alguien que oculta algo, o que debe decir o hacer algo ingrato y no se atreve.

“Ese día el intenso trabajo no nos permitió encontrarnos a solas. Inquieto, me quedé en la Capital y la llamé por teléfono a la mañana siguiente. Le propuso visitarla por la tarde que era cuando estaba sola. Aceptó encantada.

“Me recibió con una hospitalaria sonrisa. Por primera vez la veía como una ama de casa y no como una amante secreta, y esta visión agregó a mi inquietud una vaga sensación de tristeza y timidez.

“Lo primero que observé al entrar fue un hermoso ramo de rosas rojas que adornaba primorosamente un ángulo de la elegante chimenea.

“Ella advirtió mi curiosidad y comentó:

“—Son hermosas, ¿verdad?

“—Sí... —respondí desconcertado—, muy bonitas...

“—¿Tomás café, o preferís otra cosa, un whisky, un coñac..?

“—No, un café... o si no, mate, ¿por qué no cebás unos mates?

“—Me parece buena idea. Sentate mientras lo preparo.

“Se fue a la cocina y yo me quedé pensativo, incómodo, dominado por una extraña sensación de vacío, de infinita soledad. No tardó Graciela en volver con la pava y el equipo de mate. Con fingida naturalidad me preguntó a qué se debía ese repentino deseo de verla en su casa. Algo titubeante, le dije sin rodeos que me preocupaba su comportamiento del día anterior, que había creído ver en ella la sombra de una seria preocupación, como si algo hubiera cambiado o estuviera por cambiar en su vida, quizás en nuestra relación.

“Noté un giro en su expresión. Fue una alteración casi imperceptible, pero suficiente para confirmar mi sospecha. Comencé a angustiarme. Me miró en silencio durante unos segundos, luego bajó la vista, me alcanzó un mate y se recostó en el sillón.

“—Sí, Enrique —me dijo suavemente—, ocurrió algo. Quería decírtelo pero no sabía cómo hacerlo. Te agradezco que hayas venido y me ayudes a ser sincera. (Hizo una pausa) Creo... creo... ay, Enrique, no

quiero lastimarte... creo que nuestra relación tiene que terminar, pero esta vez en serio, definitivamente.

“Apoyó su mano sobre la mía y me miró con esa dulzura inmensa que muy raras veces dejaba asomar libremente a sus ojos, pero que cuando lo hacía inundaba de luz y de ternura hasta los rincones más sombríos y olvidados de mi alma.

“—Enrique, algún día tenía que ser, los dos lo sabíamos desde el primer momento.

“Permanecí callado. El mate comenzó a enfriarse entre mis dedos temblorosos. Había presentido que algo así estaba por ocurrir. Sin embargo, a pesar de que, como bien decía ella, ninguno de ambos había dudado nunca de que esto alguna vez tenía que suceder, me sorprendió sentirme en ese momento tan indefenso, tan impreparado para afrontar la atroz realidad de una ruptura definitiva. Cuando se han tenido otras despedidas como las que Graciela y yo habíamos protagonizado anteriormente, uno termina por acostumbrarse a sus cíclicas repeticiones, porque sabe que el tiempo y las circunstancias se encargan de desmentirlas. Pero lo terrible es que siempre hay una vez en que presentimos que el adiós ha de ser para siempre, y eso fue precisamente lo que me ocurrió aquella tarde.

“Tratando de ocultar mi desesperación, la miré tiernamente como alentándola a que siguiera adelante sin temor a una escena de mi parte. Noté conmovido que sufría horriblemente por estar causándome ese daño. Ella siguió hablando:

“—Quiero iniciar una nueva vida con él, tratar de amarlo, porque lo merece y porque junto a él está mi hogar, mi futuro. Es la realidad, Enrique, la única realidad de la vida. Yo te amo, vos lo sabés, y para mí sos el único hombre a quien he querido de verdad, y también el único que me ha hecho sufrir tanto. Te he amado, te he admirado, te he deseado con locura. Pero sabía que tu esposa te tenía la mayor parte del tiempo y la he odiado por eso, pero no tanto como para alentarte a que la abandonarás por mí. Por eso cuando estábamos juntos y yo creía entrever en tus ojos esa remota posibilidad, sentía miedo y deseaba que lo nuestro terminara de una vez. ¿Pero cómo iba a terminar algo tan irreal, algo que ni siquiera existía? Nuestra intimidad nunca fue una relación definida, ni estable ni feliz ni perseverante. ¿Acaso no solíamos pasarnos meses sin hacer el amor, a veces fingiéndonos indiferencia, viéndonos en las reuniones mensuales como simples amigos, ocultándonos nuestros sentimientos y ansiedades y soportando celos, incertidumbres, obsesiones y, sobre todo, ese miedo a dejar de ser amado por el otro? Y sin embargo ahí estábamos, deseando lo que siempre se producía, que algo imprevisto nos acercara y nos uniera nuevamente. Pero ahora ha ocurrido algo que cambió la situación... Se trata de mi esposo..., quiero que comprendas, Enrique, que no puedo seguir haciéndole esto.

“Graciela hizo una pausa. Me miró largamente. Necesitaba que yo dijera algo. Parecía haber quedado

sin aliento. Yo me sentía como en sueños. Le alcancé el mate frío y le pregunté con voz claudicante:

“—De acuerdo, Graciela, te entiendo; pero... ¿por qué una decisión tan repentina? ¿Qué ocurrió?”

“—¿Ves aquellas rosas? —señaló la chimenea. Sentí un escalofrío—, me las regaló él para el día de la primavera. Pobre... ¿sabés lo que hizo?, las envió a casa de mamá con mi nombre de soltera. Cuando lo supe, quedé atontada. ¡Un gesto tan delicado de su parte, tan tierno! Era algo que nunca habría esperado de él y que me reveló la hermosa sensibilidad de su alma. Me sentí muy culpable ante esa demostración de cariño, y en ese mismo instante decidí que mi relación con vos debía terminar. Supe que aún estaba a tiempo para comenzar a amarlo. Acababa de descubrir una maravillosa faceta de su personalidad y seguramente habría otras que iría conociendo en la medida en que supiera entregarme totalmente a él.

“—¿Le... agradeciste el obsequio? —pregunté estúpidamente.

“—Cuando volvió esa noche a casa y vi sus ojos fatigados y su sonrisa triste, me desarmé totalmente. No pude decir una palabra. Me arrojé a sus brazos y lloré desconsoladamente. Creo que lo comprendió todo porque no dijo nada y se limitó a besarme tiernamente. Luego nos miramos a los ojos como jamás lo habíamos logrado antes, y por primera vez, Enrique, pude ser suya sin pensar en vos. Creo que he comenzado a enamorarme de mi esposo. No quiero destruir esta nueva ilusión. Por eso, querido Enrique, te pido

que hoy nos despedamos como buenos amigos y no volvamos a vernos...”

Las últimas palabras medio se me retorcieron en la garganta. Quedé un instante en silencio. Tomé un trago de *whisky*.

—Y nunca más la vi —concluí. Agregué con una sonrisa forzada—: No me creerás si te digo que hasta llegué a pensar en el suicidio. Bueno, esa ha sido una tentación de la que ni vos ni yo hemos podido librarnos nunca, ¿verdad?

Germán no me contestó. Se había quedado mirándome fijamente, con ojos atentos, visiblemente interrogadores, como si anhelara conocer más detalles sobre esa historia que acababa de contarle. Esta expresión, sin embargo, se fue desdibujando de su cara hasta desaparecer. Se mostró repentinamente impaciente.

—Ese cuento podría llamarse *Triángulo con rosas*. Deberías escribirlo —dijo con cierta aspereza—, pero que no lo lea tu esposa, te podría pasar lo mismo que a mí. Pero nos hemos desviado de mi narración. Volvamos a mi sueño. ¿Dónde habíamos quedado?

Sorprendido por su reacción y todavía algo desorientado por los recuerdos penosos que acababa de evocar, revisé torpemente mis apuntes.

—Me decías, a ver... que había en ella detalles de exquisito refinamiento espiritual que delataban a un ser humano sumamente complejo y diferente del común...

—Ah, sí... bueno, eso suena muy literario, tal vez debieras corregirlo. Bien, continuó entonces:

4. Pasión y despedida

“A pesar de mi inclinación puramente amistosa hacia ella, cuando aquella noche apareció en mi casa, la visión fantasmal de su cuerpo desnudo me perturbó hasta el punto de sentir el efecto en mis genitales.

“En silencio, Julia preparó café para los dos y luego lavó los pocillos. Todavía no habíamos vuelto a hablarlos. Cuando terminó vino hacia mí sonriente, me tomó de la mano y me pidió que la acompañara a caminar por la isla. Procuré disuadirla porque era de noche y hacía mucho frío. No es de noche, me dijo suavemente, vamos, Aliaga, acompáñeme (ella siempre, inexplicablemente, me trataba de usted y me nombraba por el apellido), vea que hermoso y cálido sol... Descorrió la cortina y quedé pasmado: afuera era de día y con un sol intenso, como si fuera verano.

“Como es habitual en ese paraje, no había nadie a la vista. Caminamos un trecho (ella desnuda y yo en piyama), no puedo precisar durante cuánto tiempo. De repente nos hallamos en medio de una floresta, avanzando por un recto sendero de tierra cubierto por un espeso manto de hojas secas. A los costados, liquidámbares y abedules dejaban caer hojas amarillas y rojas. El lugar me recordó la alfombra y los reclinatorios. Pensé: ¿Dónde estará el perro negro?”

Germán hizo una pausa para encender un cigarrillo. Continuó su relato:

“Recorrimos Julia y yo ese solitario sendero por el cual nos fuimos internando en una espesura cada vez más densa y cargada de tenues susurros y difusos matices.

“Algo extraño comenzó a sucedernos. No sé en que momentos detuvimos nuestra marcha, ni recuerdo si hubo algún diálogo previo, algún gesto que provocara esa mutua predisposición. Nos hallábamos uno frente al otro mirándonos hondamente a los ojos. Tomé muy suavemente su nuca y la atraje hacia mí tiernamente. Miré sus ojos y vi en ellos una languidez expectante que me alentaba a seguir adelante. Su proximidad y el olor de su piel me enardecieron. Un progresivo embelesamiento se iba apoderan de los dos. Acaricié sus cabellos. Deslicé mis dedos, sólo la yema de mis dedos, por su nuca y su espalda hasta recibir la señal inequívoca de un ligero estremecimiento en todo su cuerpo. Exploré entonces la tersura de sus brazos, la firmeza de sus senos, el primoroso vello dorado de sus muslos, y besé dulcemente sus mejillas, sus ojos, su cuello y finalmente sus labios que permanecían separados y anhelantes. Ella me abrazó amorosamente y comenzó a tomar parte activa en el lúbrico juego. Sus mejillas estaban encendidas, sus párpados entrecerrados y sus ojos incandescentes de deseo. Con ansiedad oprimía su cuerpo contra el mío en la tensa búsqueda de un más íntimo contacto físico. Le dije con voz casi suplicante: «Julia, mi vida, creo que he estado amándote durante años sin saberlo; ahora es demasiado tarde, no podemos pertenecernos, pero puedo poseerte hoy, quiero poseerte, sin pensar en lo que ocurrirá después». Ella, mientras me escuchaba, había tomado mis manos y las besaba con veneración.

Alzó su cabeza y me miró con amor. El color intensamente verdoso que habían tomado sus ojos me anticipó una respuesta que no tardó en llegar de sus labios, sin vacilación, pero en un tono muy suave, casi inaudible: «Estaba esperando que me lo pidiera; yo siempre lo amé secretamente, a pesar de su indiferencia, de su trato frío e impersonal, de su dolorosa cortesía repetida cada mañana, sabiendo que usted no era así, que era apasionado y sensible, y que quizás un día se interesaría por mí y me abriría los cerrojos de esa soledad suya que yo tanto admiro. Pero mi ilusión se fue consumiendo lentamente mientras usted apenas si de tanto en tanto me miraba sin verme, con ojos pensativos, con miradas casuales y despojadas de interés, que se cruzaban distraídamente con las mías. Y así fueron pasando los años. Por eso hoy, que ya es tarde, he venido para ser suya».

“Julia, siempre tomada de mis manos, se dejó caer sobre el manto ocre y me arrastró suavemente hacia ella. Con avidez comenzó a desprender los botones de mi pijama y fue una ameba gigantesca apoderándose de mi cuerpo.

“Mirá, Enrique, no tuve demasiadas mujeres, pero eso sí, algunas de ellas eran realmente apasionadas, de esas muy escasas que saben disfrutar casi artesanalmente de cada partícula del cuerpo masculino, de cada caricia, de cada milésimo de segundo de ese tiempo efímero —y a la vez eterno en el recuerdo— que dura el amor pasional. Pero Julia superó aquella mañana toda mi experiencia y mi imaginación. Cuando me arrojé sobre ella, creo que torpemente, brutalmente, su recibimiento no fue menos

bestial. Sus músculos se tensaron devoradores, su espalda se arqueó para acercarme su vientre y todo su cuerpo procuró laboriosamente colaborar en el dificultoso nexo que nuestra ansiedad incontrolable parecía hacer imposible. Su piel se humedeció, sus ojos dilataron sus pupilas y se tornaron aún más intensamente verdosos, y su voz, ronca y jadeante, balbuceaba ardorosas e incomprensibles exclamaciones. «¡Sos mío, sos mío!», gemía repetidamente en tanto que su cuerpo poderoso, cargado de energía, se golpeaba contra el mío. Ambos nos embestíamos frenéticamente, precipitadamente, como si quisiéramos meternos cada uno bajo la piel del otro.

“A partir de aquí me resulta imposible precisar detalles, pues mi lucidez debió claudicar ante ese abismo de voluptuosidad. Sólo recuerdo, con impresionante nitidez, que en el supremo instante en que nuestra acelerada respiración se detenía bruscamente y el cuerpo de ella quedaba contraído en una temblorosa inmovilidad, ahogó Julia un gemido de placer poniendo rabiosamente sus labios sobre los míos. La abracé entonces con todas mis fuerzas hasta que nuestros estremecimientos cesaron, y aquel grito contenido estalló, por fin, surgiendo desde lo más hondo de su delirio.

“Esta escena se repitió, tres, cuatro, quizás cinco veces, casi sin transición y con igual desenfreno, pero en una secuencia interminable de variantes amorosas y extrañas fórmulas de refinamiento demencial. Experimentamos todo lo conocido y lo no conocido sobre el arte de la sensualidad; traspusimos todas las barreras y tabúes ima-

ginables, hasta que el agotamiento más que la saciedad apaciguó a nuestros cuerpos ansiosos.

“Permanecimos abrazados en silencio no sé cuanto tiempo. Era tal nuestra sensación de bienestar, de culminación, que por temor a quebrarla no nos atrevíamos a hablar. Ese estado parecía dilatarse indefinidamente, pero el encanto se rompió cuando recordé, sobresaltado, que todas esas emociones e imágenes tan intensamente vividas eran sólo apariencias alojadas transitoriamente en mi cerebro.

“¡Aún no he despertado!», exclamé incorporándome. Ella se sentó con encantadora languidez. «No piense en eso ahora —me dijo apoyando su cabeza en mi hombro—; pronto va a despertar, es inevitable que lo haga, y ojalá no sufra por ello, no quiero que sufra por mí. Ahora tengo que irme».

“No pude hablar, sentí que iba a llorar. Supe, lo intuí repentinamente, que la perdía, que jamás volvería a ser mía. Entonces pensé que aquel bello sueño no había sido interminable como creí sino efímero, y sentí de repente el terror del inminente despertar.

“Julia me miró con melancolía. Sus ojos tenían otra vez ese color indefinido entre el marrón y el verde. Se despidió no sé con qué palabras. Me quedé mirándola mientras se alejaba. Pensé que el odioso perro guardián, impaciente por una ausencia para él inexplicable, estaría no muy lejos de allí, aguardando su regreso. Me dije rencorosamente que nunca podría esa bestia llegar a poseer a Julia como la poseí yo, y en medio de mi desazón intenté perfilar una despreciativa sonrisa. Me lo imaginaba con

su cabeza adormilada, intentando tímidamente abordar el ataúd blanco de donde sería una y otra vez rechazado con desdén, obligado a cumplir su estúpido destino de protector sumiso, atado siempre a esa cadena infamante.

“Cuando ya estaba Julia a unos treinta metros de distancia, se detuvo y volviendo su cabeza hacia mí me miró como si vacilara en seguir adelante. Parecía que esperaba algo de mí, un gesto, una actitud valiente que la retuviera en mi sueño. No lo sé, creo que la defraudé: sólo pude llorar. Vi a través de las lágrimas el borroso y lejano rostro de Julia que ahora me ignoraba, su mirada distraída delataba que ya pensaba en otra cosa, se decidía por fin y reanudaba su marcha hacia el infinito. Tuve todavía un impulso de alcanzarla, pero no lo hice. ¿Por qué? Tal vez porque soy un cobarde; o un inmaduro... no lo sé. Nunca pude saberlo”.

5. Presentimiento

Sin que Germán lo dijera, supe que su relato había terminado.

Una pesada atmósfera se había ido asentando lentamente sobre nosotros. Era algo intangible, presagiente, como si en aquella oficina campeara amenazadoramente una revelación terrible, tan terrible que permanecía aún semioculta, como indecisa de mostrarse ante mis ojos con sus descarnados horrores, resignándose, entretanto, a hacerme sentir la opresión de sus asechanzas.

Este presentimiento, que había ido creciendo desmesuradamente a lo largo de todo el relato, adquirió tales dimensiones cuando Germán pronunciaba sus últimas palabras, que, en un momento dado, ante la proximidad del temido desenlace, imaginé, aterrorizado, que aquella invisible omnipresencia se materializaría de pronto, quizás bajo la apariencia de un monstruo o una bestia feroz, y se arrojaría sobre mí para despedazarme.

Fue tal mi aprensión, que escuché el final de la historia sin atreverme a mirarlo a los ojos. Cuando calló se produjo un impresionante silencio. Mantuve mi vista baja, tenso y expectante, esperando el golpe final, el atroz corolario de esa historia de tres personajes de los cuales sólo uno, Julia Rilac, parecía estar perfectamente definido, en tanto que los otros dos, el propio Germán Aliaga y el despreciable lobo negro, se esfumaban tras la ambigüedad de sus mutables y desconcertantes identidades.

A los pocos segundos, sin embargo, advertí con alivio que Germán no diría una sola palabra más. Levanté entonces la cabeza y noté con asombro que él también me rehuía la mirada. Por ese detalle comprendí que no se había atrevido a llegar más lejos. Los dos teníamos miedo de la verdad.

Miró su reloj y se levantó precipitadamente: murmuró que se le hacía la hora para su vuelo de regreso a la Capital. Me dijo que eso era todo, que estaba muy feliz de haberme vuelto a ver y que si me interesaba el relato lo publicara. Me anotó en un papel su domicilio de Buenos Aires y me rogó que lo fuera a visitar algún día. Estrechó mi mano y se fue igual que como había venido, pero sin llevarse consigo esa presencia intangible que llenaba todos y cada uno de los rincones de mi oficina.

Impaciente, armé esa misma noche el primer borrador. Cuando lo repasé me sentí decepcionado, la historia en sí carecía

de interés literario. Yo había suprimido del texto nuestros diálogos incidentales, ignorante aún de su significación, y como era evidente que a la historia le faltaban piezas esenciales, apenas si sobrevivían algunos símbolos de relativo interés y un cierto erotismo que, desvinculado de los elementos faltantes, podría llegárselo a calificar de injustificado y hasta gratuito. En suma: una pieza demasiado vaga, ripiosa y de muy pobre valor estético.

Llegué, pues, a la conclusión de que no valía la pena trabajar en algo tan incompleto, y con la idea de que quizás ese material pudiera algún día servirme para otros trabajos, guardé el borrador, los apuntes y el *cassette* en el último cajón de mi escritorio y no tardé en olvidarme por completo de mi amigo Germán y su descabellada historia.

Probablemente nunca habría vuelto sobre el asunto a no ser por una circunstancia casual que vino imprevistamente a reavivar mi curiosidad.

Una tarde de 1978 —dos años después de mi entrevista con Germán (yo ya no tenía a mi esposa conmigo y vivía solo) —, me encontraba en Buenos Aires tomando un café en compañía de unos viejos condiscípulos cuando en medio de la conversación uno de ellos lo nombró como al pasar. Vivamente interesado les pregunté qué había sido de él. Juro que esperaba cualquier respuesta menos ese ¡Cómo! ¿No lo sabes? que me heló la sangre. Por Dios, ¿qué le pasó?, pregunté. Entonces me lo dijeron: Germán había desaparecido, misteriosamente, sin dejar el menor indicio de su paradero. Horrorizado, pregunté la fecha del suceso. Había sido pocos días después de nuestro encuentro en Villa Carlos Paz. Las conjeturas fueron muchas: algunos dijeron que lo secuestraron por razones políticas; otros, que se había ido del

país en compañía de una mujer desconocida, abandonando a su madre y a su esposa enferma, huyendo vaya uno a saber de qué intolerables realidades; y no faltaron los apocalípticos que aseguraron que se había suicidado arrojándose a las negras aguas de algún oculto pozo ciego, pues recordaban que él solía ironizar sobre este método de autoeliminación que recomendaba por ser paradójicamente el más limpio, ya que no dejaba manchas de sangre ni visiones repulsivas. Pero eso no había sido todo: parece que su pobre mujer, inválida y gravemente enferma, había fallecido un año más tarde. La noticia me llenó de espanto.

Regresé a Córdoba esa misma noche. No pude dormir. La invisible omnipresencia de una revelación atroz estaba otra vez allí, agazapada, lista para arrojarse sobre mí, igual que en la mañana de la entrevista. Pero a diferencia de entonces, que temí enfrentarla, ahora deseaba verla y la buscaba desafiante, provocativo, consciente de que ya no tendría paz hasta no plantarme ante sus diabólicas facciones, hasta no ver en el fondo de ese abismo, por oscuro y aterrador que fuese.

Releí durante toda la noche los borradores archivados y escuché varias veces la parte grabada de nuestra remota conversación. Fue entonces cuando comprendí la trascendencia, dentro de la estructura misma del relato, de los diálogos mantenidos entre él y yo. No podía precisar aún cuál era el nexo de esos diálogos con la historia, pero acababa de descubrir —por pura intuición— que ellos llenaban muchas de las lagunas del texto, y que en realidad faltaba un solo elemento para develar el misterio. ¡Un solo dato y todo quedaría perfectamente claro! Pero de una cosa estaba absolutamente seguro: ese testimonio faltante no se hallaba en mi poder. Luego de largas cavilaciones decidí regre-

sar a Buenos Aires y visitar la casa de Germán para entrevistarme con alguno de sus familiares.

6. La revelación

A la mañana siguiente me llegué hasta el domicilio de Floresta que me había anotado mi amigo. Me atendió una mujer anciana, muy encorvada y de aspecto enfermizo que resultó ser la madre de Germán. Cuando le expliqué que yo había sido amigo íntimo de su hijo y que acababa de enterarme de lo ocurrido, me hizo pasar enseguida, deseosa, pobre, de hablar con alguien de su desconsuelo. Casi no pronuncié una palabra mientras la buena mujer se desahogaba entre sollozos. No me dijo nada nuevo: un buen día desapareció y jamás habían vuelto a saber de él. No me atreví a interrogarla sobre lo que yo había ido a buscar, no solo por consideración a su dolor sino también porque ni yo mismo sabía qué era exactamente lo que buscaba. Es verdad que tenía vagas intuiciones, confusas ideas de lo que debía hallar, pero estas no eran más que obsesiones sin fundamento lógico. Escuché respetuoso los lamentos de la anciana y luego de decir algunas palabras de aliento y prometerle que volvería a visitarla, me levanté para retirarme. Cuando al despedirme le dije mi nombre se sobresaltó.

—¡Usted es el doctor Enrique Lezama! —exclamó llevándose la mano a la mejilla.

—Sí... ¿Por qué? ¿Su hijo le habló de mí?

—No, no... Germán casi no hablaba conmigo... sabe, mi hijo era un poco raro —sonrió como disculpándolo—; pero revisando sus cosas hallé no hace mucho un sobre con su nombre. Co-

mo no tenía ningún domicilio lo guardé sin saber que hacer con él. Pensaba abrirlo en cualquier momento... Espere un minuto que ya se lo traigo.

La anciana se deslizó con desesperante lentitud hacia una habitación contigua. Transcurrieron siglos hasta que regresó con un sobre blanco. Mis manos temblaron al tomarlo. Por cortesía, aunque sin advertir lo imprudente de ese gesto, lo abrí en presencia de ella. Una fotografía de mujer era todo su contenido. Sin embargo fue suficiente para que el enigma quedara develado. Lo había intuido, lo había sospechado, pero siempre me resistí a admitir, siquiera conjeturalmente, semejante hipótesis. Ahora sabía la verdad: allí ante mis ojos estaba el eslabón faltante. Es posible que haya en el mundo muchas mujeres de lacios cabellos rubios, piel dorada y ojos tornadizos que se vuelven por momentos intensamente verdosos, pero aquélla, ¡precisamente aquélla!, esa adorable y tierna criatura que me miraba sonriente desde la fotografía, era única, inconfundible, y al reconocerla a ella —que en el relato de Germán llevaba el nombre ficticio de Julia Rilac— pude conocer la identidad de la bestia, desdichado ser que vivió encadenado a una ilusión, a un féretro vacío.

La presencia intangible se materializó y se arrojó sobre mí.

UNA PASIÓN DE ULTRATUMBA

Escribí de joven un cuento tan recargado de retórica y suntuosidades verbales que nunca lo pude mejorar. Debí haber entregado esa venialidad juvenil a la purificación del fuego, pero por causa de factores inmanejables que intentaré explicar, nunca pude hacerlo. El cuento se llamó *Los cipreses olvidados*, y hasta fue generosamente publicado en la revista femenina *Vosotras*.

El caso es de lo más extraño. Cada tanto, cuando abro un cajón o reviso alguna vieja carpeta, se me aparece sorpresivamente una copia del relato, y entonces me ocurre lo de siempre: compulsivamente (no me puedo resistir) releo el cuento por enésima vez.

Trataré de explicarme. Desde que escribí ese cuento he sentido una extraña fascinación por sus dos personajes (Dalmiro y Cecilia), y la relación amorosa que los unió, una relación inconcebible, absolutamente insensata, y que sin embargo la soberbia de mi voluntad creadora hizo estéticamente posible.

Y esa fascinación, lejos de decaer, aumenta obsesivamente con los años, hasta el punto de inducirme a mantener, mediante relecturas e inútiles intentos de corrección, la ilusión de su falsa realidad.

Mi hipótesis es que como ellos sólo pueden vivir “literariamente”, es decir, en la mente de los lectores, tal como ocurrió

multiplicadamente cuando el cuento se publicó, me asedian para que yo relea la historia y poder así reencontrarse y amarse una vez más en el ámbito de mi imaginación.

Me da vergüenza reconocerlo, pero estas presiones me están desquiciando hasta el extremo de inducirme inclinaciones suicidas. Por eso me propongo romper ese círculo obsesivo mediante un experimento psicoanalítico.

He renunciado a reeditar un cuento que no puedo corregir, pero nada me impide comentárselo a ustedes, glosarlo, hablarles de la trama y del amor de sus personajes, y hasta transcribirles algunos de sus fragmentos menos detestables. Seré honesto: mi intención es transferirles a ustedes mi problema. Cuento para ello con la curiosidad y la imprudencia propias de todo buen lector. Pero quiero actuar con lealtad y advertirles que desde el preciso momento en que conozcan los hechos narrados, yo, presumiblemente, habré quedado aliviado de mi carga, pero ignoro lo que pasará con ustedes. Planteada esta prevención, paso a contarles la historia:

Dalmiro es un sujeto taciturno, cuarentón, vive solo, trabaja en una oficina cualquiera y entre sus muchas rarezas se cuenta la de visitar con asiduidad el antiguo cementerio de Mar del Plata. Esto no tiene nada de raro, pues yo mismo acostumbraba a ir de tanto en tanto a ese mismo cementerio, y les aseguro que nada tengo que ver con el personaje. Fue precisamente en una de esas visitas cuando observé por casualidad la imagen desolada de un hombre maduro que conversaba con una adolescente junto a una vieja sepultura cubierta de malezas.

No sé por qué me llamó tanto la atención esa escena, pero excitó mi imaginación y me inspiró para escribir el cuento y crear a sus dos únicos personajes.

Comencé la narración diciendo que a Cecilia la había conocido en el cementerio de La Loma.

“Fue una de esas tardes invernales en que Dalmiro acostumbraba recorrer la quietud de la vieja necrópolis marplatense disfrutando del encanto de sus propios pasos lentos y sonoros al arrastrar las hojas secas bajo los cipreses solemnes, de la brisa helada del atardecer que parece venir desde las cruces lejanas, del susurro de alguna anciana hablándole a un mármol enmohecido, y de ese tenue vaho que enturbia con su invisible manto el silencio diáfano del paisaje. Rara conjunción que encajaba con su soledad crónica y le proporcionaba a su vieja tristeza un placentero entorno”.

Se me ocurrió hacer caminar a mi personaje por los mismos lugares que yo solía recorrer. Imaginemos a Dalmiro ingresando por el pórtico de la calle Almafuerte. Lo vemos avanzar por el pasaje central examinando la silueta lúgubre de los añosos cipreses que lo bordean con majestuosidad, y desde allí dirigirse hacia el sector más antiguo, donde las artísticas y ricas bóvedas de las familias patricias alternan, en serena tolerancia, con humildes sepulcros de pésima construcción y peor gusto arquitectónica.

“La tarde en que conoció a Cecilia había huroneado en el Panteón Francés, en cuyos ceñidos pasadizos algu-

nas destartaladas urnas lo tentaron a atisbar sus mortuorios contenidos”.

Como ustedes comprenderán, tuve que inventarle a Dalmiro algunos antecedentes que insinuaran las posibles motivaciones inconscientes de aquellas frecuentes visitas al cementerio. Primero intenté conocer mis propias razones para hacerlo, pero advirtiendo que eso no sería nada sencillo, me incliné por la creación libre. He aquí lo que me salió:

“Dalmiro ignoraba su procedencia. Ni siquiera conocía el nombre de su madre (que seguramente descansaba en algún lugar de ese cementerio). Sabía tan sólo que ella había muerto poco tiempo después de darlo a luz. Nada pudo averiguar acerca de su padre. Alguien lo había llevado al Hogar de Huérfanos en cuyos registros no quedó otra constancia que la fecha de su ingreso: 4 de abril de 1928. Permaneció en el orfanato hasta cumplir los siete años de edad. Fue entonces que un matrimonio de ancianos lo adoptó con intenciones y sentimientos no suficientemente claros. De su infancia en el internado tenía algunos recuerdos sombríos: verjas de hierro y ventanales con barrotes, corredores desnudos, santos de yeso que lo seguían con la mirada, la sala inmensa y fría en cuya aterradora oscuridad los niños más grandes se complacían en asustar a los más pequeños; su desconsolado llanto en medio de las noches sin que nadie acudiera a serenarlo y arroparlo; los rostros severos de aquellas mujeres gritonas, con miradas aceradas.

“Un día aparecieron los Reyes Magos y le regalaron un camioncito color verde. ¡Eso sí que lo recordaba con emoción! Fue tal vez la única alegría de su infancia. Por la noche había tenido fiebre, y al día siguiente comenzaron las alucinaciones: hombres vestidos de blanco, paredes y camas blancas, vértigos e imágenes terroríficas. Más tarde supo que había enfermado de meningitis. Las débiles reminiscencias se esfuman totalmente a partir de entonces. No recordaba su larga convalecencia, ni los dos años que aún permaneció en el instituto, ni el instante en que, según le contaron, la directora lo llamó para decirle que aquellos buenos ancianos lo adoptarían ese mismo día. No recordaba nada de esto. Sin embargo no había olvidado los acontecimientos posteriores: los malos tratos de sus tutores, las amenazas de volverlo a encerrar en el asilo...”

Retomo ahora el relato de lo que acontecía en el cementerio. Podemos suponer que Dalmiro se encontraba aquella tarde acosado por tan ingratos recuerdos. Lo vemos ya en el final de su recorrido. Sus pasos erráticos lo habían llevado a un sector de fosas protegidas por el follaje espeso de una descuidada floresta de coníferas. Yo solía quedarme allí, contemplando las destartadas lápidas sin flores que predominan en ese triste conjunto, y, naturalmente, imaginé a Dalmiro haciendo exactamente lo mismo. Veámoslo, pues, frente a ese paupérrimo grupo de losas desaliñadas y semihundidas observando, con la sensibilidad propia de los seres solitarios, que algunas fosas se reconocen apenas por una simple cruz que emerge torcida entre el pastizal.

“La tarde declinaba cuando se produjo el encuentro.

“Dalmiro vio que ella lo estaba mirando con inocente curiosidad. Era demasiado joven, se diría que casi una niña. (Recuerden ustedes al hombre maduro y a la chica que yo había visto conversando: esa es la escena que estoy describiendo). Había en su pálido semblante una sonrisa inocente, como si el caudal de su desbordante adolescencia pasara inadvertido para ella. Su largo cabello rubio se dividía en dos trenzas cuyos destellos dorados parecían jugar traviesamente con sus pequeños senos apenas insinuados bajo la blusa blanca.

“Dalmiro quedó confundido. Y es comprensible si se tiene en cuenta que siempre había sido un hombre ignorado por las mujeres. Era una de esas personas que parecen no existir para sus semejantes, siempre anónimas, siempre grises, esfumadas tras una personalidad deslucida. Tal vez atesoraba el recuerdo de amores recónditos, algunos jamás revelados a quienes los inspiraron, y otros fatalmente derrotados por su constante inseguridad. Nadie lo creía capaz de sentimientos apasionados ni poseedor de un espíritu romántico. Andaba siempre solo y errabundo, ensimismado en sus mustias meditaciones.

“Sin embargo, la aparición de Cecilia logró interrumpir ese sino adverso y cambiar sorprendentemente la vida de Dalmiro”.

Aquí alteré el orden temporal de la narración para describir la relación amorosa que se estableció espontáneamente entre Dalmiro y Cecilia luego de aquel encuentro.

“Extasiado por la ternura de esa niña, se entregó por completo a la desconocida aventura de ser feliz. De su mano, le enseñó ella a contemplar, en los atardeceres de aquel invierno, sus propias sombras proyectadas largamente sobre las playas desiertas. Juntos vivieron la elegía de compartir las confianzas más hondas, y juntos también descifraron uno a uno los dulces y asombrosos secretos del amor”.

Bien, aquí debo hacerles una aclaración. Esta relación no estaba en mis intenciones creadoras. Mis personajes vivieron por su cuenta una pasión que yo, por las razones que ustedes van a conocer luego, no podía permitir. Cien veces rehíce el episodio del encuentro con el vano propósito de modificar tan alarmante derivación, pero todo fue inútil. Hiciera lo que hiciera, siempre terminaban uno en brazos del otro. Noche tras noche hube de presenciar esa locura no consentida por mí, viendo impotente como se besaban, cómo se poseían incansablemente, desenfrenadamente. Noche tras noche los vi mientras escribía y corregía, y también los vi en sueños. Y cuando no los veía no podía dejar de pensar en ellos. ¡Ah, los ojos de Cecilia me volvían loco! Cuando ella clavaba sus dilatadas pupilas en los ojos de Dalmiro, mis propios ojos se instalaban inexplicablemente en los del personaje para recibir todo el fuego de aquella intensa voluptuosidad. Así un día tras otro, hasta que mi cabeza empezó a trastornarse.

Pero vayamos ya al final. El relato, luego de describir extensamente la vida amorosa de Cecilia y Dalmiro, vuelve en su última parte a la escena inicial:

“Cuando se produjo el inesperado encuentro con Cecilia en aquella fría tarde de julio, Dalmiro se sorprendió de no avergonzarse al saludarlo la joven con esa encantadora sonrisa. Hubo un corto diálogo. Dalmiro se sintió importante, desenvuelto, capaz de una frase segura y hasta de una cierta actitud conquistadora. ¡Se creyó interesante y seductor!, tal el prodigioso efecto sobre ese corazón transido, de una jovencita de trenzas doradas y sonrisa transparente”.

Y ahora el desenlace:

“Se despidieron con el compromiso de encontrarse al día siguiente. La tarde llagaba a su fin cuando Dalmiro se alejó con un adiós emocionado. Ella, con sus ojos cálidos y profundos, lo miró alejarse desde la fotografía ovalada insertada en el agrietado mármol de su yerma sepultura. Una inscripción lateral decía: Cecilia Morales. Falleció el 3 de abril de 1928 a los 17 años de edad”

Eso es todo. Si a partir de este momento ustedes sienten que una fuerza desconocida los impulsa a releer estas páginas, o a buscar obsesivamente la versión original del relato en un ejemplar de *Vosotras* del año 1979, mi hipótesis será acertada y yo podré, finalmente, tratar de olvidar a Cecilia Morales.

Pero... Estoy pensando mientras escribo. Lo que aquí importa no es la historia inventada por mí sino lo que creo que provocó con el acto imprudente de escribirla.

La sepultura de Cecilia Morales existe, pueden ustedes verificarlo si visitan el pequeño bosque de coníferas en el sector Sudeste del cementerio de La Loma. Allí verán —si es que todavía se conserva— su fotografía ovalada y la borrosa inscripción con su nombre y la fecha de su muerte. (El hombre solitario que yo vi aquella tarde estaba en realidad contemplando esa fotografía. Lo demás salió de mi imaginación...)

Esa fue mi insensatez. ¡Hice que un personaje totalmente ficticio, Dalmiro, tuviera una tierna relación con una jovencita muerta hacía más de cincuenta años! ¿Se dan cuenta de lo que he hecho? ¡Yo soy el causante de esa ilusión de ultratumba! Mi culpa imperdonable es haberle hecho vivir a la pobre criatura ese intenso amor pasional, amor quizás anhelado y jamás vivido en tan corta existencia. Por eso ella, pobre y hermosa niña, se aferra ahora desesperadamente a la ilusión de esos reencuentros amorosos que sólo se producen cuando alguien lee la historia.

¿Podré liberarme de Cecilia Morales? Ahora tengo el presentimiento de que eso no va a ser tan sencillo. Han pasado más de treinta y cinco años desde que escribí *Los cipreses olvidados*. Desde entonces he visto mil veces los ojos de ella cada vez que yo, instalado en mi personaje, presenciaba sus momentos de pasión. Esa mirada..., mis impulsos suicidas, esa oscura y fatal derivación incestuosa que no pude evitar cuando escribí el relato...

Dalmiro nunca existió, y ella lo sabe. Yo inventé a Dalmiro; yo también estuve frente a la tumba de Cecilia aquella tarde de invierno... Ahora lo veo con claridad: el hombre que ella ama... ¡no es Dalmiro!

INDICE:

<i>La pensionista</i>	3
<i>Vida monótona</i>	11
<i>El subte de las 9,13</i>	15
<i>La pulsera de plata</i>	31
<i>El calendario equivocado</i>	44
<i>Cincuenta minutos para morir</i>	49
<i>La mujer de los ojos tornadizos</i>	60
<i>Una pasión de ultratumba</i>	96

- Todos los derechos reservados © Enrique Arenz